

A su entrada, una lápida recuerda que Napoleon la construyó en 1805, *ere italo* (con dinero italiano).

La salida del túnel está artillada con recios morteros, puestos allí por la Suiza.

Un poco mas lejos, salta (casi al alcance de la mano) la vistosa cascada de *Fressinone*, cuyas espumas rugen y se despedazan al chocar con ciclópeas moles de granito.—Sobre ella hay tendido un ligero puente de madera, que tiembla al solo impulso del aire agitado por las aguas.

Tan pintoresco y animado paraje ha sido copiado en todos tiempos por afamados pintores; y en verdad que lo merece...

Pero hénos en *Gondo*, último pueblo suizo.

El horizote sigue cerrado por altas rocas. que se elevan verticalmente sobre la carretera.

Un poco despues pasamos cerca de una Columna en que se ve grabada esta inscripcion:

Italia.—Stati sardi.

¡Entremos, pues, en Italia; en los Estados Sardos!...

Pero esto es solo en el nombre. Los Alpes sigen defendiéndose, siquier en retirada.—Como fieles amantes de la beldad que ocultan al mundo, no permitirán que nadie vea á Italia mientras á ellos les quede un solo instante de vida...

Desde el *Hospicio* hasta aquí hemos bajado cuatro mil quinientos piés... Nos faltan mil para llegar á la llanura.

Mas hé allí el primer pueblo italiano...

Llábase *San Marco*, y es una pobre aldea por el estilo del *Simplon*.—Sus habitantes hablan el *patois* piemontés, más cargado de palabras francesas que de italianas.

Seguimos rodando precipitados...

A los pocos momentos llegamos á *Isselle*, pueblo algo más importante, donde se halla la aduana sarda, y nos piden el pasaporte.

Aquí ya se leen edictos y muestras de tiendas en italiano, y tenemos ocasion de utilizar nuestra aficion á la musica y á los poetas de Italia...

Quiero decir que empezamos á hablar un italiano de *libretto* y de poema, que por cierto no sirve para pedir un plato de sopa...

Volvemos á caminar. La tenacidad con que las montañas limitan el horizonte nos llenan de impaciencia...

¡Y aún pasamos hora y media de este modo! ¡Siempre bajando, sin nunca llegar á la llanura! ¡Siempre dejándonos atrás montes y montes, sin que los montes tengan fin!

Así cruzamos otra garganta feroz, otra sorprendente galería, otro altísimo puente, hasta que, por último, en una revuelta del camino, sepáranse las montañas, hájase el horizonte, dilátase el cielo, y una mar de luz inunda nuestros ojos...

—¡Italia! ¡Italia! esclamamos con frenético trasporte.

—¡Ahí tienen ustedes á Italia! esclama el mayoral, lleno de orgullo por haber vencido á los Alpes.

Hasta el inglés se permite entusiasmarse y sacar la cabeza fuera del coche.

—¡Italia! dice, y se quita el gaban, debajo del cual lleva otro más pequeño.

¡Oh! sí... ¡aquella es Italia!—Aquel cielo turquí, aquel fulgurante sol, aquella riente campiña cruzada por plateados rios, aquellas verdes colinas coronadas de blancos palacios, aquellos olivares oscuros, aquellas praderas de esmeralda, aquellas graciosas quintas, todo aquello es lo que yo me imaginaba desde niño!

¡Cuánto fulgor en el espacio! ¡Qué matices en la llanura! ¡Qué perfumes en el aire! ¡Qué temperatura tan amorosa, despues del frio que hemos pasado!

¡Allí reina aún la primavera!... ¡Las viñas conservan todavía sus pámpanos, los árboles sus verdes hojas, el sol su creadora llama, el ambiente sus gérmenes de vida!

¡Cómo se comprende que esta tierra sea tan codiciada! ¡Cuán bella la verian todos los conquistadores al asomar por los Alpes! ¡Cuán hermosa la encontrarán sus hijos cuando vuelvan á hallarla despues de un largo destierro!

El inglés se quita el segundo gaban, y nosotros nos aligeramos tambien de ropa.—Hace calor...

En medio del gran triángulo de llanura que divisamos á lo léjos, se divisa sobre una colina un magnífico palacio blanco, de graciosas proporciones.

—¿Ven ustedes aquel palacio? (nos dice el conductor.) Pues es de una persona muy notable, á quien de seguro han oido ustedes nombrar.

—¿De quién es?

—De Juan Maria Farina, del gran fabricante de Agua de Colonia.

—¡Bien por el conductor!—Esta noticia vale un mundo.

El inglés toma nota en su cartera de viaje, y se quita su tercer gaban, quedando ya de levita.

Yo me contento con repetir esta frase de una epístola de Ventura de la Vega: «*Todo es verdad!*...»

Y en prueba de que es así, ya empezamos á ver hombres morenos de melodramáticas barbas y líricos ojos negros...

Ya principian á sonar en nuestros oidos y á presentarse á nuestros ojos palabras acabadas en *ini*.

Ya se acabaron las casacas suizas...

Estamos en *Domo d'Ossola*.

Las mujeres son pálidas y llevan mantilla negra...

La gente grita y salta. Los muchachos atruenan las calles. Las aves



ROSSINI.



cantan y vuelan. Las casas ostentan fachadas con columnas. Los castaños y los nogales crecen á la salida del pueblo...

Nosotros seguimos adelante.—¡Nosotros vamos á dormir á *Baveno*, á orillas del *Lago Mayor*!...

Y así pasa la tarde... ¡Tarde embalsamada y bella!... Y así llega la noche... ¡Noche sublime, coronada de límpidos luceros!...

Serian las nueve cuando el mayoral abrió la portezuela del coche y nos encontró dormidos.

—¿A qué hotel vamos, señores? nos preguntó en su dialecto suizo. Hemos llegado á *Baveno*.

—A un hotel cuyos balcones den al *Lago Mayor*, respondimos Iriarte y yo á un mismo tiempo...

A los pocos minutos llegábamos al hotel; y, dejando íntegra para el día siguiente la contemplacion del Lago, nos acostamos y seguimos durmiendo, como duerme por la noche todo aquel que se ha levantado á las tres de la mañana.

... et de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...

... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...

... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...

... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...

... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...
 ... de la ...

LIBRO TERCERO.

EL PIAMONTE.

I

EL LAGO MAYOR.—UN DOMINGO EN LAS ISLAS BARRÓMEAS.—LA FAMILIA DE SAN CÁRLOS.—MILICIA NACIONAL.—LA CUESTION DE ILALIA.—NOVARA Y MAGENTA.—LLEGADA Á TURIN.

Apenas la blanca aurora habia dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las liquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, Mr. Iriarte sacó la cabeza de entre el sudario nocturno que llamamos sábanas, y exclamó solemnemente desde su alcoba, separada de la mia por un pequeño salon:

—Buenos dias.

—Dios te los dé muy buenos, respondió mi humanidad, compareciendo de pronto en este mundo, ó sea despertando repentinamente.

—¿No sabes qué hora es? siguió gritando mi amigo.

—Serán las cinco sobre poco mas ó menos...

—¡Son las seis, señor perezoso! Por las rendijas de los balcones se filtra la luz del dia...

En efecto: algunas hebras de oro ó agujas de fuego penetraban en e saloncillo, indicándonos que habia salido el sol.

Una campana tocaba á misa... allá... muy lejos...; pero su son se dilatava puro y melodioso sobre la vibrante superficie del lago, llegando á nuestros oidos como una nota musical. El canto de los pájaros y los gritos de los hombres se esparcian limpios y sonoros por una atmósfera tensa, plácida, tranquila... Todo nos indicaba un dia delicioso.

Nuestro diálogo continuó de esta manera.

—¿Cárlos?

—¿Qué?

—¡Estamos en el Piamonte!..

—Muy mal dicho. Estamos en *Italia*.

—¡Quiéralo Dios!

—¡Ya lo veremos!—Y, á propósito, creo que debemos levantarnos.

—¡Feliz idea! Pero hagamos antes un poquito programa...

—Eso es lo primero...

—Pues orientémonos. ¿Sabes tú lo que hay debajo de nuestros balcones?

—Me lo figuro, porque hace media hora que estoy oyendo el ruido de los remos en el agua...

—Perfectamente.—¿Sabes tú lo que hay un poco mas allá?

—Mas allá... deben verse las *Islas Borromeas*, brotando de en medio del Lago como graciosas macetas de flores...

—Justo y cabal. ¿Y sabes que en *Isola Bella*, la mayor de las cuatro Islas, hay un hotel en que se almuerza perfectamente?

—Sé más que eso... ¿Sé que nosotros vamos á almorzar en ese hotel!

—¿Y sabes que hoy es domingo?

—Eso lo ignoraba; pero me alegro de saberlo; pues, si no mienten nuestras *Guías*, todos los domingos recorren varios vaporcitos el *Lago Mayor*, llevando de orilla á orilla, y de un pueblo á otro pueblo, y de una Isla á otra Isla, una infinidad de gentes de Turin y de Milan, que llegan en ferro-carril á estas márgenes encantadas...

—De manera que nosotros podemos vestirnos, cargar con nuestro diminuto equipaje, meternos en un bote á la puerta misma de este hotel, visitar las Islas, oír misa en cualquiera de ellas, almorzar donde hemos dicho, acechar el paso de un vapor, unirnos á una caravana que vaya de vuelta á Turin, tomar el ferro-carril en Arona, y llegar esta noche á la capital de Cerdeña...

—¡Sí que podemos!... Y á fin de demostrárselo á nuestros enemigos, vamos á levantarnos...

—Te comunicaré antes una cosa.

—Soy todo orejas.

—Estamos en un país excomulgado.

—¡Lo sabia!

—Pues no se te conoce...—Yo estoy nervioso desde que me he acordado de ello.

—¿Y cuándo te has acordado?

—Cuando me dijiste que no estábamos en el Piamonte, sino en *Italia*. Yo bien sabia que el Piamonte era *Italia*; pero tú has querido darme á entender que *Italia es el Piamonte*.

—*Italia* es Italia.—No hablemos de política; lo hemos convenido.

—Pero yo estoy nervioso sin poderlo remediar. ¡Tú no sabes dónde nos hemos metido! ¡Estos piamonteses son el demonio! Empieza por que están excomulgados, como te acabo de decir... Añade que se encuentran metidos en dos guerras; la una contra un rey amigo; la otra contra el Padre Santo... Recuerda, en fin, que han armado la milicia nacional... ¡Figúrate, pues, que barahunda vamos á encontrar por todas partes; cuántos peligros, cuántos contratiempos!... ¡Digo! ¡Y yo, que soy español

Porque has de saber que, en esta tierra, *español* es sinónimo de reaccionario, de borbónico, de *antonellista*, de napolitano, de inquisidor...

—Segun eso, ¿no quieres levantarte?..

—No me atrevo....

—Pues yo sí; y en prueba de ello...

—En prueba de ello...

—¡Aquí me tienes vestido y en marcha!

—¡No más vestido ni más en marcha que yo.! respondí, apareciendo en el salón al mismo tiempo que mi amigo.

Los dos habíamos tenido la idea de engañarnos, vistiéndonos con disimulo.

Abrimos, pues, un balcon,—que por cierto daba al Oriente.

Un mar de sol inundó la sala y nos dejó ciegos por un instante.

El Lago, que empezaba debajo del mismo balcon, relucía como un espejo, ó más bien como una llama... El sol se levantaba frente á frente de nosotros, radiante, alborozado, risueño, empezando su carrera por un cielo limpio de nieblas y de nubes.

Cuando mis ojos pudieron ya resistir tan vivos resplandores, quedéme estático ante la peregrina hermosura de un panorama sin rival.

No intentaré describíroslo... ¡Sería imposible!

Mejor es, por consiguiente, que os asomeis conmigo al balcon del Hotel, y disfrutemos juntos de tanta maravilla.

Mirad.—El Lago se dilata de Norte á Sur en una longitud de quince leguas; pero desde la orilla en que estamos hasta la de enfrente (que es la mayor anchura) solo habia dos leguas escasas.

Las aguas inmóviles parecen una tersa lámina de plata bruñida. En medio de ellas se levantan cuatro pequeñas y graciosas Islas, amorosamente agrupadas, cuyos palacios y jardines se reflejan y copian con admirable minuciosidad en el diáfano elemento.

Son las *Islas Borromeas*.

Diríase que son cuatro mágicas naves en que una reina voluptuosa (una Cleopatra, una Semíramis ó una Faustina) ha reunido todas las delicias de la tierra.

Más allá se extiende la márgen oriental del Lago, es decir, la márgen de enfrente, determinada por suaves colinas verdes, coronadas de árboles y de quintas, á cuyo pié se recuestan algunas blancas ciudades, que brillan al sol como si fueran de alabastro, y que se miran tambien en las cristalinas ondas, repitiéndose y como bañándose en ellas...

¡Es la *Lombardia*!

¡Salud á esa márgen y á esos pueblos!—Ayer pertenecian al Austria; ayer amenazaban desde allí al Piamonte los cañones del extranjero; ayer salian de aquella orilla los vapores austriacos y paseaban su aborrecido pabellon por delante de la ribera sarda. Ayer piamonteses y lombardos tendíanse los brazos desde una costa á la otra; estos pidiendo auxilio;

aquellos ofreciéndoselo; los primeros lamentando su horrible esclavitud; los segundos jurando vengar el desastre de Novara...—Hoy las ciudades hermanas que se miran frente á frente desde las dos orillas del *Lago Mayor* viven en paz, libres y contentas, bajo la bandera tricolor de la madre Italia...—¡Salud; salud á esos pueblos!

Al Mediodía de la formidable plaza de *Laveno* (en que hace poco más de un año estrelláronse el valor y la fortuna de Garibaldi, y que sólo se rindió despues de la batalla de *Magenta*), descúbrese un vasto horizonte sobre una tierra lisa, verde, extensísima.

Son las llanuras famosas de la Lombardía, en medio de las cuales se asienta Milan.—Sus campos son los más ricos, los más bellos y acaso tambien los más ensangrentados de toda Europa...

Hacia el Norte, el paisaje es muy diferente. El lago penetra por entre altos y tajados montes, que proyectan su sombra sobre las aguas, dándoles un tinte verde y misterioso.—Los barcos que suben en aquella direccion y que desaparecen en el interior de la montaña, se dirigen á Suiza, á la cual pertenece la parte septentrional del Lago.

A nuestra izquierda se extiende un ancho golfo, al través del cual divisamos á *Pallanza*, pintoresca ciudad del Piamonte; mientras que por el otro lado descubrimos á *Stresa* con su magnífico palacio y deliciosas villas.

Por todas partes, en fin, véanse caseríos, alcázares ó aldeas, cuya reproduccion en el cristal del Lago hace soñar con los palacios submarinos de las nereidas; pues no parece sino que debajo del nivel de las aguas hay otro mundo, con sus montes, sus árboles, sus casas, sus iglesias, su cielo, y hasta sus aves, que cruzan en todas direcciones...

¡Y qué intensa luz, qué gozoso ambiente, qué dulce calor, qué acordes ruidos inundan la comarca!

¡Parece imposible que despues de haber estudiado á nuestro paso por Francia todos los portentos sociales, y de haber contemplado en Saboya y en Suiza todo el poder, toda la majestad de la naturaleza, aun encontremos aquí tantas maravillas que admirar!

Pero, mientras nosotros hacemos esta reflexion, y sin darnos tiempo de desenvolverla, se ha reunido debajo del balcon toda una escuadra de botes, gobernados por gallardos mancebos y hasta por hermosos niños, vestidos con una sencillez que no carece de gracia;—descubierta la frente, el pecho desnudo, descalzos de pié y pierna, con largos cabellos flotando sobre los hombros y los brazos al aire, extendidos hácia nosotros...

—¡Señor!... ¡Señor!... ¡Tome mi barca!... ¡Vamos á las *Islas Borromeas*! exclaman todos los patrones á un tiempo.

—Vamos á las *Islas Borromeas*, repetimos nosotros entonces... y yo os repito ahora.

El barquero en cuyo bote nos metimos (sirviéndonos de muelle la puerta misma del Hotel) tendria quince años. No bien se aseguró de que

éramos suyos, agitó los remos, permaneciendo de pié en medio del esqui-fe; y la tajante quilla empezó á romper el unido y terso cristal de aquel apacible estanque...

El movimiento era tan leve, que durante la travesía Iriarte iba dibujando las líneas generales del paisaje, y yo, escribiendo todas estas impresiones en mi libro de memorias.

Nos dirigíamos á *Isola Madre*, la mayor del encantado archipiélago, y que, sin embargo, no tendrá un kilómetro de circunferencia.

Un cuarto de hora despues, atracábamos al pié de una ancha escalera tallada en la roca viva, cuyas gradas conducían á una puerta del Renacimiento, sobre la cual se veía un escudo de armas.

Eran las armas del propietario de la isla; del conde Borromeo, descendiente por línea recta del mismísimo *San Carlos*.

Saltamos, pues, del bote á la escalinata, y llamamos á la puerta.

Un jardinero vino á abrirnos.

Era el único habitante de aquella mansion de delicias.

A las pocas palabras que pronunció, nos persuadimos de que era tonto; pero tonto imbécil, como los del *Valais*, —salvo el padecimiento físico.

—«¡Dichosa comarca!... ¡Verdadero eden! ¡Refugio de la paz y de la inocencia! exclamé yo entonces, quitándome el sombrero y apostrofando á aquella tierra. Tu único habitante, ¡oh *Isla Afortunada!* ¡oh *Isla de Jauja!*, es un idiota, es un hombre feliz, es un hombre de bien. ¡*Ave!* ¡*Salve!* ¡Yo te saludo con el respeto que hubiera saludado el Paraíso antes de que Adán contrajera matrimonio!»

Y era la verdad. Aquel bienaventurado jardinero, único morador de todo un mundo en miniatura, y de un mundo tan bello y delicioso, me recordaba á nuestro primer padre, —el cual tampoco debió de ser muy avisado.

Entramos en la Isla.

Yo le había dado en broma el nombre de *Paraíso*; pero es lo cierto que ningún otro le cuadraba mejor.

Primero nos hallamos en un bosque de laureles, por en medio del cual serpenteaba una arrecifada cuesta.

Este bosque era tan espeso, que por ninguna parte se descubría la bóveda celeste, y miles de ruiseñores, ocultos en las sombras del perfumado ramaje, prestaban voces de amor al alto silencio de aquella soledad dichosa...

Había en todo esto un encanto, un misterio, una poesía, que recordaba el templo de la Inmortalidad imaginado por los vates de la Grecia, la sagrada mansion de Apolo, el *Parnaso*, pintado por Rafael Urbino.—Los ruiseñores, cantando en los laureles, parecíanme poetas inmortales, reunidos en Delphos en torno del Hijo de Latona; ó bien creía haber desembarcado en la isla de Delos, y halládola, no tal como hoy se encuentra, deshabitada y pobre, sino tan rica y bella como debió de ser en otro

tiempo, cuando la respetaban las devastadoras haces de Gerges y Darío y le rendian homenaje los atenienses.

Terminada la cuesta, y fuera ya de la sacra mansión de los cantores, *Isola Madre* se nos presentó bajo otro aspecto no menos delicioso.

Los altos cedros, los naranjos cargados de fruto y los pomposos aloes sustituyeron á los laureles. Las palomas reemplazaron á los ruiseñores. El cielo se veía por los claros de las ramas, y la luz del sol lograba penetrar hasta los prados de flores que se extendían en rededor de los troncos seculares.

Si el bosque de laureles me había recordado el Templo de la Gloria, el bosque de naranjos y limoneros me recordó el Templo del Amor.—Las palomas se arrullaban y besaban volando de árbol en árbol. Los faisanes y los pavos reales se perseguían dando vueltas en torno de las camas de jazmines, luciendo, con la ufanía propia de enamorados correspondidos, las galas de su espléndido plumaje. El aroma del azahar prestaba al ambiente una plácida dulzura que penetraba hasta mi corazón... La inmovilidad de las hojas, el sosiego y soledad del vergel y hasta la ininteligente condición del guardian de tantas maravillas, daban un aire monumental, eterno, *apoteótico* á aquella artificial naturaleza...—Y yo pensaba en la *Isla Afortunada* donde Reinaldo vivió preso entre los brazos de Armida, y en la isla de Chipre, consagrada á Vénus, y en el paraíso de Mahoma, y en los jardines fantásticos de los cuentos persas, y en Circe y en el esposo de Penélope, y en todo lo que podeis figuraros...

En medio de *Isola Madre* álzase un vasto palacio, medio ruinoso, deshabitado y sin muebles, donde sólo viven los ecos de antiguas fiestas y los suspiros de pasados amores...—El actual conde Borromeo habita en *Isola Bella*.

—Nada más natural: es la ley del mundo: es la ley de Dios: dejar á la *Madre* por la *Bella*.—«Dejarás á tu padre y á tu madre...» dice la Sagrada Escritura.

En poco mas de media hora dimos la vuelta á toda la isla y llegamos á la puerta por donde habíamos entrado.

Saltamos al hote y pusimos el rumbo á *Isola Bella*.

Durante la travesía, el barquero nos fué dando todas las noticias que necesitábamos acerca del Archipiélago Borromeo. Aquel rapaz sabia de memoria toda una *Guía del viajero en Italia*.

De estas cuatro Islas (nos decía en verdadero italiano), las dos mayores, ó sean *Isola Madre* é *Isola Bella*, pertenecen al conde Borromeo, el cual viene á ellas los otoños con su familia y muchos convidados, que bailan y se divierten hasta más no poder, y unas veces pasan la noche damas y galanes persiguiéndose por el lago en ligeras canoas; otras iluminan los jardines; ya queman arbolillos de pólvora; ya dan conciertos que se oyen desde todas las riberas y no nos dejan dormir. Anoche, sin ir más lejos, hubo una de estas funciones, y yo he estado hasta la madrugada tendido

en mi barca (pegada como una sombra á las peñas de la isla), oyendo cantar á las hijas del señor conde, á las cuales conozco ya en la voz; y, en verdad les digo á ustedes, que aquello valia la pena de ser oido por alguien que no fuese un pobre pescador como yo soy...

¿Conoceis las novelas de Jorge Sand?—Ahora soy yo quien habla: y me dirijo á vosotros, lectores míos.—¿Conoceis á *Consuelo*, á *Lelia*, *Los dos amores*... sobre todo *Los dos amores*? ¿No es verdad que al oír á este barquero de quince años, bello como un Apolo y medio desnudo como él, hablar de música y de condesas con tan fogoso entusiasmo, en el seno de una naturaleza tan ardiente y esplendorosa, cree uno ver realizarse los más apasionados *ensueños* de aquella ilustre poetisa, ó repetirse las más deliciosas *aventuras* de aquella especie de *don Juan* con faldas?

¡Oh! ¡Jorge Sand!—El, ó sea *ella*, vivió mucho tiempo en las orillas de este lago, y colocó aquí la accion de muchas obras suyas...—¿Qué lástima de que tan gran poeta fuera mujer, ó de que tan hermosa mujer fuera poetisa, ó de que la poetisa no hubiera sabido morir á tiempo, antes de que la edad ajase su hermosura y la obligase á vestirse de nuevo por la cabeza!—Yo, de niño, he sido fanático admirador de Jorge Sand, como del ser más libre, más gracioso y más elocuente de nuestros tiempos...—Pero yo lamentaré siempre el haber llegado á saber que Jorge Sand es hoy una respetable anciana de cincuenta y siete años, que vive en prosa y con guardapiés en el fondo de un pueblo de provincia...

—¡Con qué razon dijo nuestro insigne Quintana :

¡Muera más bien que envejecer la hermosa!

Pero escuchemos al pescador.

—*Isola Bella* é *Isola Madre* eran hace doscientos años dos áridas rocas completamente deshabitadas. En 1670, el conde Vitalio Borromeo las cubrió de tierra y construyó el palacio de *Isola Bella* y los jardines de una y otra isla. Desde este tiempo, todos los Condes se han afanado por hermosearlas, trayendo á ellas plantas y flores de lejanos países y estatuas y cuadros de sus palacios de Turin y de Milan.—Aquella otra isla que ven ustedes cubierta de casas, se llama *Isola dei Pescatori*, por ser propiedad de los pescadores del lago, y constituye un pueblo con su iglesia, sus autoridades y todo lo demás que hay en los pueblos, menos un palmo de terreno en que plantar un árbol. En *l'Isola dei Pescatori* no crecen otras plantas que las que cada uno cuida en las macetas de su terrado. Las casas nos dejan apenas lugar para tender las redes al sol á fin de que se sequen.—En fin, aquella otra isla, llamada de *San Giovanni* (San Juan), que ve usted allá lejos, en frente de *Pallanza*, es tan pequeña que bastan á llenarla una capilla, una casa y un jardin. Toda ella ha pertenecido hasta ahora á los canónigos de *Pallanza*; pero hace pocos meses la ha comprado el conde Borromeo.—(En el lugar por donde vamos vogando en este instante, tendrá el lago setecientos pies de profundidad.)—Los condes Bor-

romeo descenden del mejor Santo que ha habido sobre la tierra.—Ya verán ustedes esta tarde su estatua colosal, cerca de Arona.—Este Santo existió hace tres siglos, y era sobrino del Papa. El fue el inventor del *Catecismo* que aprendemos en la escuela, y estuvo en el Concilio de Trento, donde trabajó como nadie contra los herejes enemigos de la *Madonna* (la Virgen María). En premio de esto, la *Madonna* le libró del puñal de unos frailes muy malos, que trataron de asesinarlo sólo porque se empeñó en meterlos por vereda y corregirlos de las malas mañas que habian adquirido. Cuando la peste de Milan, llevaba los enfermos acuestas... ¡y eso que era Arzobispo!... y pasaba la noche á la cabecera de los enfermos pobres, de los pescadores como yo, sin temer el contagio ni la incomodidad de las viviendas humildes. En fin, despues que murió, que fue á los cuarenta y seis años, Dios concedió á su sepulcro la virtud milagrosa de curar enfermedades mortales, por lo cual se vino en conocimiento de que aquel hombre tan bueno era un Santo, y Pablo V, pontífice muy célebre, lo canonizó tal como hoy se halla...—Yo me llamo Cárlos, para servir á los señores.

Esta relacion (que apenas discrepará en un ápice de la del barquero) me ha parecido digna de figurar íntegramente en mi relato; pues, sobre contener noticias muy ciertas, respira tanta gracia como inocencia y bondad.

En esto pasamos cerca de una nueva isla, tan raquítica y diminuta, que ni figura en los Mapas, ni en las Guías, ni en los Diccionarios.—E mismo barquero la habia juzgado indigna de mencion, creyendo sin duda que nosotros no repararíamos en ella.

Aquella isla, que parece una hija recién nacida de las *Borromeas*, tendrá cincuenta pasos de circunferencia y apenas sobresale un pié del nivel del lago.—En ella crecen dos sauces y medio, extremadamente débiles y muy pálidos.

Cuando nosotros cruzamos á su vista, habitábala, al modo de Robinson, un barquerillo de diez á doce años, que habia amarrado su ligera barca á uno de los sauces, y tomaba el sol, tendido boca arriba sobre la arena, fumando y cantando alternativamente.

Los sauces, la isla, la barca y el muchacho formaban un cuadro tan gracioso, tan sencillo, tan artísticamente dibujado sobre el fondo brillante de las aguas, y por añadidura tan pequeño, que todo ello junto parecia un juguete modelado en barro para servir de *palillero* en una mesa.

Réstame decir que la tal islilla suele dar sus capuzones en el agua quedar sumergida durante meses enteros; pues la superficie del *Lago Mayor* sube algunos años, en la época de las grandes lluvias, hasta tres metros y medio sobre su nivel habitual.—De aquí que los sauces sean tan débiles y enfermizos.—Los baños largos debilitan mucho.

Por lo demás, aquel paraje anfibio ha merecido los honores de llevar un nombre.—Se llama la *Isla de Malghera*.

Vogando, vogando..., como íbamos, con rumbo fijo á *Isola Bella*, no dejaba yo de mirar de vez en cuando la Cordillera de los Alpes, que cerraba el horizonte al Noroeste, complaciéndome en ver asomar, sobre las brumas que coronaban todas las cimas, un Pico blanco, limpio de nubes, que reflejaba como un espejo la luz ardiente del sol, próximo ya al Meridiano.

—Aquel Pico es el *Sempione* (el Simplon), exclamó nuestro barquero, siguiendo la direccion de mi mirada.

—Ayer á estas horas estábamos nosotros allá arriba, añadió Iriarte.

¡Parecia imposible... y era verdad!

A todo esto el lago empezaba á poblarse de botes que cruzaban de pueblo á pueblo y de isla á isla, llevando y trayendo pasajeros de los muchos que un Vaporcito iba dejando donde quiera que tocaba.

Este Vapor habia salido de *Arona*, estacion de ferro-carril, que dista de Milan dos horas y de Turin menos de cuatro.

En el Vapor y en los botes veíanse, pues, infinidad de familias, que por la mañana habian salido de aquellas capitales, á fin de pasar como quien dice «un dia de campo en el *Lago Mayor*.»—Y aquí encontrábamos la alegre *partida* de la amistad, allá el gracioso grupo del amor, en otra parte el santo cuadro de la familia; ora gentes del pueblo; ora mujeres elegantes; en un lado las célebres hermosuras milanesas, que parecen nobilísimas estátuas; en otro las hijas del Piamonte, de franca y graciosa fisonomía.

El Vapor ostentaba la bandera tricolor de *Italia*, blanca, encarnada y verde, con la *Cruz de Saboya* en medio...—¡Con la Cruz de Saboya!...— ¡De Saboya, vendida al extranjero!!

Entre los hombres, veíanse muchos vestidos con el uniforme de guardias nacionales, y condecorados con una medalla pendiente de una cinta roja y blanca.—Aquella condecoracion significaba que habian tomado parte en la última guerra contra los austriacos.

—¡Salud á los héroes de Pallestro y Solferino! exclamé yo en mis adentros, acordándome de Bailén y Talavera. ¡Salud á los defensores de la independencia de su patria!

El resto de los milaneses y sardos llevaban el traje *européo*, quiero decir, aquel pantalon, aquel sombrero y aquella levita que son los mismos en Madrid que en París, en Roma que en San Petersburgo.—Sólo la plebe presentaba en su vestido algun carácter italiano. Entre la gente de esta clase habia tipos soberbios, cuyos rasgos principales eran los siguientes: grande nariz aguileña, ojos negros y sombríos, barbas y cabellos largos, atlética complexion y muy noble estatura. Su pintoresco trage consistia en sombrero chambergo, de castor ó de paja, corbata roja, larga chaqueta de terciopelo y anchuroso pantalon de pana.—Estas figuras, campeando sobre la popa de una barca, dibujándose en el espléndido Lago ó perfilándose sobre un cielo puro y luminoso, eran estremadamente bellas, y en muchas ocasiones hasta hermosas...

Se acercaban las doce. De todos los pueblos esparcidos en una y otra ribera, llegaban á nosotros claras y vibrantes las voces de las campanas que llamaban á misa. Hacia calor. La comarca entera rebosaba placer y regocijo. Todos los pescadores cantaban. Todos los pasajeros reían. Sólo callaban, mirándose, las parejas de enamorados que cruzaban acá y allá los cristales del lago sobre ligeras barquillas, recordándome á las palomas que vagaban libres por los bosques perfumados de *Isola Madre*.

¡Inolvidable mañana!... El recuerdo de tu sol, de tu alegría, de tus inefables encantos, vivirá siempre en mi alma como un perdurable crepúsculo...

Llegamos á *Isola Bella*.

En aquel instante dieron las doce.

La plegaria del *Ave-Maria* resonó en todos los campanarios de los innumerables pueblos que bordan la márgen del lago y las faldas de los montes...

Parecía que la naturaleza misma entonaba un himno á la Reina de los cielos.

La solemne emocion que nos produjo aquel concierto triunfó de la mucha hambre que teníamos.

—¿A dónde vamos? ¿Al hotel? nos preguntó el pescador, amarrando la barca y preparándose á servirnos de *Cicerone*.

—No tal, respondimos heroicamente. Vamos primero á misa.

Isola Bella puede dividirse en dos partes. La una ocupada por el vasto palacio y magníficos jardines de los condes Borromeo, y la otra cedida al público, que tiene en ella una especie de ciudad, con su iglesia, su hotel y su mercado.

En la iglesia habria unas cincuenta personas oyendo misa.

La mayor parte eran mujeres.

Entre estas las habia con mantilla, al modo de nuestro país.

Eran las vecindadas en la isla.

Otras llevaban sombreros medio húngaros, medio calañeses.

Eran damas de Turin y de Milan.

Algunas se paseaban viendo los cuadros y los altares sin prestar atención á la ceremonia.

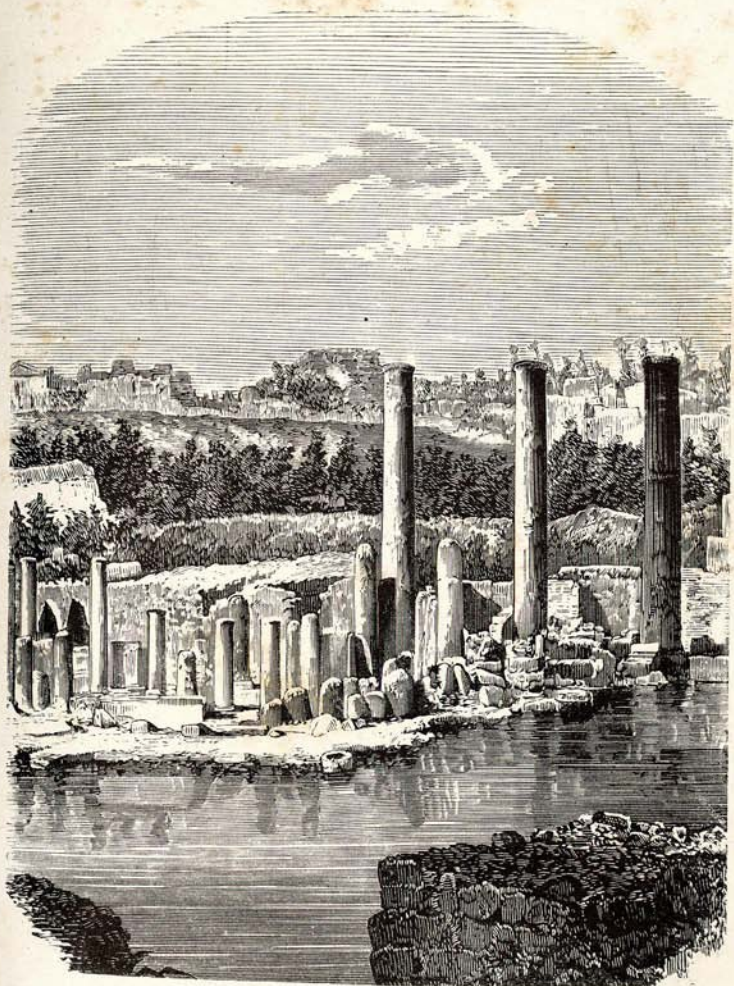
Eran *touristes* inglesas.

Las pescadoras se distinguían por sus talles largos y esbeltos, por su cabeza adornada de flores, y por sus corpiños negros y sayas azules ó encarnadas.

Después de la misa, fuimos al *Hotel del Delfin*, en el que ya nos esperaba el almuerzo, en virtud de avisó de nuestro *Cicerone*.

La mesa se hallaba colocada en un balcon, cuya vista sobre los jardines y sobre el lago era sorprendente.

El sol bañaba el limpio mantel y los apetecidos manjares; un ramo de flores y una soberbia pirámide de frutas adornaban la mesa... y á esto



TEMPLO DE SERAPIS, CERCA DE NÁPOLES.



se redujo la esplendidez de aquel almuerzo, que no hubiéramos cambiado por los festines de Lúculo.

La pesca del *Lago Mayor* es exquisita, y nosotros *le hicimos los honores* consiguientes á un largo ayuno.—El vino era de Asti, aromático, leve, generoso, como la limpia esencia de la uva.

A los postres nos sirvieron la *Opinione* de Turin y la *Perseveranza* de Milan, periódicos del dia, que nos dieron noticias del estado de la guerra de Nápoles.

Aquel *reino* habia sido invitado á decir por medio del sufragio universal si queria ó no unirse al Piamonte y á los demás estados de Italia que se habian ya agrupado bajo la bandera de *independencia* y *unidad*.—Entre tanto, Victor Manuel y Francisco II se encontraban frente á frente, cada uno á la cabeza de su ejército, á las orillas del Volturno.—Los Estados Pontificios habian quedado reducidos al Patrimonio de San Pedro.—El Papa redoblabá sus anatemas sobre el rey y sobre el pueblo que habian tomado la iniciativa en contra del antiguo orden de cosas.—Parma-Toscana, Módena, la Lombardía, las Legaciones, las Marcas, la Umbría, Sicilia y Nápoles se habian fundido en una sola nacion.—Los príncipes de los estinguidos *reinos* habian pagado caro su desatentado amor al enemigo natural de los mismos pueblos que regian, al tirano de Milan y de Venecia, al aborrecido emperador de Austria.

Terminada esta lectura, dejamos el Hotel y nos dirigimos al *Palacio*, que es verdaderamente regio, y, al decir de los peritos, demasiado grande para tan pequeña isla.

Su severa entrada ó portal es una especie de cuerpo de guardia, donde en otro tiempo se reunirian los soldados del Conde á jugar y beber, en tanto que velaban el sueño de su ilustre amo.—Allí se ven hoy colgadas de las paredes algunas viejas armaduras, que parecen el férreo esqueleto de aquella gente venal y pendenciera.—Sus armas, ennegrecidas por el moho, forman en otro lado venerables trofeos.—Debajo de ellos vése una enorme chimenea que trae á la imaginacion las noches de otros siglos, y las historias de batallas y de amores que se contarían allí al amor de la lumbre y entre el azar de los dados...

Los altos muros de la soberbia escalera están adornados con disformes escudos de piedra, que llegan desde el suelo al techo, en los cuales están esculpidas de relieve las armas de la familia Borromeo.—El lema de estas armas es la palabra *Humilitas*, que se ve repetido en todos los muebles, en las cortinas, en las paredes, donde quiera que se fijan los ojos.

El salon principal es magnífico. En medio de él se alza el viejo trono condal, que, como todos los muebles, cuenta mas de trescientos años.

Magníficas camas del siglo XVI, que fueron entonces lechos nupciales, son hoy catafalcos, que solo ocupan los cadáveres de los condes, si por acaso les sorprende la muerte en la Isla...

Sin embargo, en una de estas camas descansó en el presente siglo

un ilustre Huésped, y de ella se levantó al otro día para ganar la batalla de Marengo...

Este Huésped habia escrito con un puñal la tarde antes, en un laurel del Jardín de la propia *Isola Bella*, la palabra *Battaglia* (Batalla). — Por cierto que hoy no queda ya más que la primera letra de aquella profecía de gloria. El pedazo de corteza en que estaban las restantes, se lo han llevado poco á poco los ingleses.—Nosotros, más piadosos que ellos, respetamos la B.

También es notable en el Palacio la Galería de Cuadros, en que se ven lienzos de *Lucas Jordan*, *Le Brun*, *Ticiano* y otros famosos artistas de toda Europa.

Como los Condes estaban en la Isla, no pudimos ver las habitaciones en que al presente moran.—Al decir del criado que nos conducía, se hallan amuebladas á la moderna y con extraordinario lujo.—Dirigimosnos, pues, á los Jardines.

Para llegar á ellos pasamos por un segundo Palacio, casi subterráneo, que consiste en una sucesion de grutas, revestidas de mosaico y de caprichosos riscos. Aquellos aposentos se hallan al nivel del agua y son fresquísimos hasta en el verano. Adórnanlos muebles rústicos.

Los renombrados Jardines de *Isola Bella* (que para mi gusto son inferiores en hermosura á los de *Isola Madre*) se levantan, al modo de pensil babilónico, en diez y seis terrados construidos unos sobre otros hasta formar una especie de Torre de Babel. El Jardín más alto se halla á cien metros sobre el nivel del *Lago-Mayor*, y en él, como en los demás, admírase una variada multitud de fuentes, estátuas, macetas, árboles de las cinco partes del mundo, flores de todas clases, glorietas umbrosas y cuanto puede soñar la imaginacion y combinar el arte para convertir una árida peña y unas simétricas murallas en una mansion de delicias.

Pero ahora entra lo principal.—Desde la cúspide de aquella torre encantada vimos, en una fértil huerta que linda con el Palacio, algunas damas vestidas con peinadores blancos (lo que en el dialecto elegante quiere decir *no vestidas*) las cuales andaban de un lado á otro cogiendo flores y frutas...

¡Eran las castellanas de *Isola Bella* (por cierto muy bonitas.)!

Sus voces argentinas llegaban claramente hasta nosotros...—¡Ay! ¡Las diosas de aquel mágico recinto hablaban en francés!—¡Abominable fazon! ¡Cuánto más mitológico no hubiera sido su propio idioma... el melodioso y dulce idioma de Petrarca!

Item: Al volver de los Jardines al Palacio, nos encontramos, en la meseta de una ancha escalera, á un caballero, vestido como cualquiera otro, con levita, pantalon y chaleco al estilo de París...

El subia y nosotros bajábamos.

Al pasar á nuestro lado, se quitó el sombrero y nos saludó cortesmente.

Nosotros le contestamos del propio modo sin saber quién era..., y creyendo que no estábamos obligados á más.

El criado que nos guiaba le hizo una profunda reverencia.

Aquel caballero era el rey del Archipiélago; el dios de aquel Eden; el señor á quien cantaban los ruiseñores y perfumaban los mirtos y laureles de *Isola Madre* ó *Isola Bella*; —el actual conde Borromeo.— Cuando lo supimos, ya habia desaparecido.

El heredero da San Carlos se llama *Vitaliano* ó *Vitalio*, como algunos de sus mayores, y es hombre de unos sesenta y cinco años, alto, delgado y de severo aspecto.—Antes de 1848 vivia en Milan, como uno de los más distinguidos patricios lombardos. Cuando estalló la revolucion de aquel año memorable, tomó en ella una parte muy activa, y, una vez espulsados los austriacos despues de cinco días de horrible combate, fue elegido miembro del Gobierno Provisional que se estableció en Milan y que duró desde el 18 de marzo hasta el 6 de agosto de dicho año.—Dueños otra vez de Milan los extranjeros, el conde Borromeo tuvo que emigrar al Piamonte. El Austria se vengó entonces de él secuestrándole todos los bienes que poseia en territorio lombardo; pero el gobierno de Turin premió su patriótico esfuerzo, nombrándolo Senador y Gran Cruz de la órden de San Mauricio.

Vitalio Borromeo Aprese casó con una hija del marqués d' Adda, de la cual ha tenido muchos hijos. Uno de ellos es camarero secreto del Santo Padre; otro es diputado, y los demás sirven en el ejército de la nueva Italia. El menor de todos es ayudante del general Cialdini.—En cuanto á las hijas... ya las hemos visto coger flores en la huerta del Palacio.

Por último: la familia Borromeo tiene parientes en España,—y entre ellos se cuenta mi noble amigo el duque de Fernan-Nuñez.

A eso de las dos abandonamos la Isla, y nos dirigimos á *Stresa*, á fuerza de remo, ó sea en el mismo bote que tripulaba el niño de quince años.

En *Stresa* pasamos una hora aguardando un Vapor que debia llevarnos á *Arona*, estacion del camino de hierro que conduce á Turin.

Durante aquella hora visitamos el magnífico Palacio *Bolongaro* (en que vive ordinariamente la Duquesa viuda de Génova, cuñada del rey Vitor Manuel), y el famoso convento de *Rosminienses*, donde murió en 1853 el célebre obispo Rosmini, fundador de esta Órden y amigo íntimo del inmortal Manzoni,— que solia venir á visitarlo desde Milan.

De vuelta en la márgen del Lago, y en tanto que nos recogia el Vapor, cuyo penacho de humo asomaba ya por detrás del promontorio de *San Remigio*, nos sentamos en la puerta de un Café, á la orilla misma del agua...

Desde allí se veia el Lago Mayor en casi toda su longitud, ó sea desde *Sesto Calenda*, por donde se escapa el *Tessino* con direccion al *Po*, hasta las aguas suizas, que toman el nombre de *Lago de Locarno*.

Como el sol empezaba á caer, su luz heria de frente los pueblos y los palacios asentados en la ribera lombarda, destacando vivamente sobre el verde oscuro de los viñedos y olivares las blancas siluetas de los edificios. Los altos Alpes empezaban á festonearse de rosada niebla. El Lago dormia

suavemente, y sobre su brillante superficie trazaban largas estelas mil y mil pequeñas embarcaciones, que se dirigian á los puntos en que debia tocar el Vapor. Cerca de nosotros, un grupo de guardias nacionales hablaba de política en la armoniosa lengua italiana. No lejos jugaba y alborotaba un gracioso escuadron de muchachos. En los balcones del Café y de una Fonda vecina veíanse algunas elegantes inglesas y extravagantes ingleses, que debian de embarcarse con nosotros. En otro lado cantaban millares de pájaros en una hermosa arboleda tendida á lo largo de un magnifico camino, que no era sino la continuacion de la carretera que habíamos nosotros abandonado en Baveno la noche antes. En una casa próxima sonaba un piano, que tocó sucesivamente el *himno de Garibaldi*, cierta cancion tirolesa, muy repetida por los organillos en las calles de Madrid, y el coro de guerreros de la *Norma*.—Todos estos ruidos, y las campanas de la iglesia de *Stresa*, acordadas musicalmente, formaban un concierto, una gran voz, un acento jubiloso y prolongado, que murmuraba en mis oídos esta sola palabra mágica, llena de promesas para mi imaginacion:—
«¡Italia!»

Todo, todo era amor, todo belleza, todo alegría...—Yo buscaba en torno mio algo que me hablara de guerra, de muerte, de excomunion; de sobresaltos, de peligros, de lágrimas, de lutos, de ruinas, de temores, de remordimientos..., y por donde quiera que miraba sólo veia placer, tranquilidad, regocijo, bienestar y confianza.

A las tres llegó el Vapor en frente de *Stresa*; recogíonos á los muchos viajeros que lo esperábamos, y siguió su marcha al Sur.

Diez minutos despues pasábamos por delante de una punta de la ribera *lombarda*, poco distante allí de la ribera *piamontesa*.

Sobre aquella punta se levanta una fortificacion, cuyo nombre nos recordó otros lugares muy remotos.—Llámase *Anghera*, como el boquete de Sierra-Bullones, por donde los moros atacaban nuestro Campamento del *Serrallo*.

Pero toda nuestra atencion estaba ya fija en la famosa *Estatua colosal de San Carlos Borromeo*, que habíamos descubierto á poco de entrar en el Vapor, y que, á medida que nos acercábamos á *Arona*, iba desarrollando á nuestros ojos su desmedida corpulencia.

Este monumento, célebre á un mismo tiempo por su grandeza y por su grandor, se eleva sobre un monte frondosísimo, á cuya falda se recuesta cariñosamente *Arona*.—La estatua representa al Santo en actitud de bendecir á esta ciudad (que fue su cuna), el Lago en que se mira y los risueños campos que la rodean...—El pedestal tiene cuarenta pies de altura, y la estatua sesenta y seis.—La cabeza y las manos son de bronce, y el resto del cuerpo de cobre forjado.—El interior es hueco, y, aunque con mucho trabajo, pueden subir los curiosos hasta la cabeza, trepando por los pilares de piedra que la sostienen.—Una vez arriba, las aberturas de los ojos sirven de balcones, desde los cuales se disfruta una magnífica

vista, si el que se asoma no carece de ella;—pues la pobre estatua no ve nada por sí sola, á pesar de tener los ojos tan grandes...; fenómeno muy comun en los buenos mozos.—La longitud de la cara del Santo es de siete piés y medio; la nariz no baja de dos piés y siete pulgadas, y en cuanto á la boca... ¡desgraciado el que tuviese que dar de comer á un abismo semejante!... Finalmente: dentro de la cabeza caben cuatro personas de un tamaño regular; por ejemplo: cuatro cabos de gastadores.

Esta verdadera maravilla se erigió en 1697. Costó unos 4.000,000 de reales, y fue modelada por *Cerano* y ejecutada por *Ciro Zanella* y *B. Falconi*.

En Arona, donde desembarcamos felizmente, no encontramos nada de particular, fuera de un magnífico retablo de *Guadenzio Vinci*, que vale todo lo que cuesta el subir á *Santa Maria*.

Iriarte y yo subimos, á pesar de hallarnos muy cansados.

Despues nos dirigimos al camino de hierro (*Strada-ferrata* en italiano) y tomamos billetes para *Turin*.

Esto no se verificó sin que palpitásemos de gozo, y quién sabe si de pena, al darnos cuenta de que con aquel paso acabábamos de comprometernos á realizar en pocas horas algunos deseos de toda nuestra vida.

Los que se casan enamorados deben de experimentar, al amanecer el dia de su boda, una emocion de pesar y de alegría, semejante á la que me causó á mí el tomar aquel billete.

—Cuando esta noche me duerma (pensaba yo), habré pasado ya por *Novara*; habré visto los campos de *Magenta*; habré dejado de desear y esperar conocer á *Turin*.

Así somos.—A todos nos gusta el *mañana* más que el *hoy*, y el *ayer* más que el *hoy* y que el *mañana*.—¡Si hay algo más bello que lo que se desea, es lo que se pierde!

A lo menos yo, cuando deseo una cosa, la creo plata; cuando la tengo se me figura cobre; y cuando la recuerdo, me parece oro.

Digo más: yo me he creído desgraciado todos los días de mi vida; y sin embargo, no hay entre todos ellos uno solo que no eche de menos ahora, y cuya pérdida no lamente como una felicidad pasada...

¡Ah! El tiempo es como las medicinas; un poco amargo de tragar; pero, despites que se ha tragado, hace mucho bien á nuestro espíritu...

Por aquí iba yo en mis reflexiones, cuando dieron las cuatro y la campana de la estacion nos llamó al tren.

Un empleado del ferro-carrilregonaba en tanto á grandes voces los principales puntos para donde se admitian pasajeros

—¡*Novara*!—¡*Verceli*!—¡*Torino*! (*Turin*).—¡*Milano*! (*Milan*)—¡*Alessandria*!—¡*Génova*!... gritaba aquel hombre, sin adivinar el combate de

deseos y de impacencias que sus palabras provocaban en mi imaginación!

El tren en que habíamos entrado, se dividiría en *Novara* en tres partes, de las que una se dirigiria á *Milan*, otra á *Turin*, y la tercera á *Géno-va*.—¡Con solo desearlo, podíamos ir á dormir aquella noche (y hasta llegar á la hora del teatro) á cualquiera de tan famosas capitales!—*Géno-va*, que era la más lejana, distaba seis horas del lugar en que nos hallábamos...

Pero ya no habia que dudar. Nuestros billetes eran para *Turin*...

De *Arona* á *Novara* se emplea una hora.

A la izquierda del camino de hierro corre el anchuroso *Tessino*.

Este célebre rio nace en el *San Gotardo*; da nombre á un canton de Suiza; alimenta el *Lago Mayor*; traza la frontera de la Lombardia y del Piamonte, y va á morir en el Po, á poca distancia de los muros de Pavia.

¡Y cuánta sangre ha teñido sus ondas en todos tiempos! ¡Cuántas veces lo han pasado ejércitos poderosos, ora en son de guerra y de conquista; ora fugitivos y deshechos!—Aquellos verdes campos de la Lombardia que mirábamos dilatarse al otro lado del Tesino, y la llanura que íbamos atravesando, habian visto luchar á Anibal con Escipion, á los lombardos con Carlo-Magno, á Güelfos y Gibelinos, á la *Liga Lombarda* con Barbarroja, á Francisco I con Carlos V, y á Napoleon el Grande con el Austria.

¡Y en *Novara* fue precisamente donde, hace once años, Carlos Alberto sufrió su terrible y gloriosa derrota!... ¡Y no lejos está el sitio en que, el año pasado; el rey Victor Manuel vengó á su padre y á su patria, enseñoreándose de la llanura de *Magenta*, cubierta de cadáveres austriacos!

Porque habeis de saber que *Magenta* y *Novara* se miran frente á frente.—El Tesino corre magestuoso entre los dos campos de batalla...—¡Y nosotros pasábamos á la vista el puente de *Bufarola*, de inmortal renombre!...

En él debió de aparecerse á Napoleon III la sombra del primer Napoleon en toda su guerrera magestad, mostrándole los ejércitos confundidos entre el humo del combate, y diciéndole melancólicamente:—«Así fue toda mi vida. Ahí tienes el secreto de mi gloria.»

A las cinco llegamos á *Novara*, donde teníamos que esperar hora y media hasta la salida del tren directo para *Turin*.

Novara es una viejísima ciudad defendida por un castillo. Tendrá de quince á veinte mil almas.

Su catedral, que visitamos. fué construida en el siglo V; pero las restauraciones le han arrebatado completamente el noble sello de tan venerable senectud.

En el *Bautisterio*, ó capilla bautismal (que en todas las catedrales

antiguas de Italia es un edificio separado, aunque próximo á ellas, con arreglo á la 'antigua Disciplina), se ve representada la Pasion por unos grupos de *esculturas pintadas*, que tienen tanto renombre entre la gente lega en artes, como poco mérito á los ojos de los artistas.—Aquellos son los famosos *Santos de Novara*, de que se oye hablar cien leguas á la redonda.—Por cierto que en los pueblos de Andalucía se veneran tambien grupos de imágenes por el mismo estilo, las cuales son llamadas generalmente *Pasos de Semana Santa*.—*Nihil novum sub sole*.

Como todavía era domingo, las calles de *Novara* estaban llenas de gente que volvia de paseo, luciendo el fondo del baul, ó sea sus mejores trages.—La lentitud y magestad con que andaban señoras y caballeros; las conversaciones casi al oído que mantenian entre sí las jóvenes hermosas; las escoltas de galanes que las seguian, y los diálogos, saludos y miradas que se cruzaban de la calle á los balcones, daban perfecta idea de la vida de provincias,—donde todos se conocen; donde los afectos son tan profundos y los amores tan platónicos; donde las gentes se ven cuando menos todos los dias de fiesta, pero no se hablan en años enteros; donde la *etiqueta*, en fin, hace casi siempre las veces de la educacion,—como en las grandes capitales la educacion hace las veces del amor y de la amistad.

Las damas de *Novara* iban *en cuerpo* y llevaban tambien mantillas negras de blonda, que no les cubrian sino hasta la mitad de la espalda, dejando ver unos talles largos y esbeltos, flexibles y voluptuosos como los de las hijas de Valencia. Este traje tan sencillo, compuesto solamente del vestido y de la mantilla, cuadraba perfectamente á la elevada estatura, á los negros cabellos y al descolorido rostro de aquellas beldades un tanto novelescas...—Muchas de ellas hubieran podido servir para heroínas de melodrama.

En hacer estas observaciones y tomar un refrigerio en un Café pasamos el resto de la tarde.

Durante nuestra permanencia en el Café, llamóme la atencion el gran número de clérigos que en él habia, todos vestidos con levita, calzon corto, zapatos de hebilla y ancho sombrero pastoral de estendidas alas.

Estos clérigos no se parecian en nada á los de España, áun prescindiendo del traje.—Su aspecto era alegre, expansivo, desembarazado, hasta picaresco.—Los unos fumaban, los otros reian y charlaban ruidosamente; estos refrescaban con sosiego; aquellos leian y comentaban los periódicos.—¡Los habia tambien que jugaban al billar!!

Los paisanos veian todo esto sin extrañeza.—Se diria que en Italia los clérigos y los legos se conocen de más tiempo ó se tratan con más confianza que en nuestro país.—Ni de una parte hay tanta reserva, ni de la otra tanto respeto.—Unos y otros son, como quien dice, *más despreocupados*.

El mismo traje de los eclesiásticos contribuye mucho á despojarlos de severidad.—¡Yo lo encuentro hasta más gracioso y elegante que el de los

seglares!—Aquellas piernas ceñidas por la aristocrática media de seda, aquella graciosa levita con esclavina, aquel ajustado chaleco, aquella muceta blanca, aquella larga cabellera, que cae á los lados de un rostro afeitado pulcramente y en que los apasionados, negrisimos ojos se destacan con profana energía; aquella cadena de reloj, aquellos lentes de oro y aquel charolado zapato, forman un conjunto mucho más agradable, más artístico y más ventajoso para la figura, que nuestros pantalones cuadrados y nuestro sombrero de copa...—Y, por supuesto, excluyen completamente la grave austeridad é imponente misterio que los hábitos talaes y el sombrero de canal prestan á los sacerdotes españoles...

¡Así anda la religiosidad de los italianos!...

A las siete menos cuarto salimos definitivamente para *Turin*.

Hacia luna..., lo cual no debe extrañaros, pues ya recordareis que pocos dias antes habíamos saludado el cuarto creciente desde las inmediaciones del *Mont-Blanc*.

El astro melancólico blanqueaba las llanuras que hay á la salida de *Novara*.

Aquellas llanuras eran el teatro de la lúgubre batalla á que aludimos mas arriba.

Allí están enterrados miles de austriacos y de piamonteses...

De allí apartaron á Cárlos Alberto la triste noche del 23 de marzo de 1849..., aquella noche en que el *rey magnánimo*, como se le llama en Cerdeña, buscaba la muerte entre las bayonetas enemigas, no queriendo sobrevivir á su hermosa ilusion de hacer independientes y libres á todos los italianos.

En aquel campo, en fin, pensaría el bravo monarca, cuando, despues de abdicar su corona en el hijo que habia de vengarle, moria de pesar, de desesperacion y de amor patrio, en el triste destierro que se impuso...

A poca distancia de *Novara*, el camino de hierro dejó de dirigirse al Sur y giró hácia Poniente.—Teníamos que desandar mucha parte del gran rodeo que habíamos dado en los dias anteriores para saltar los Alpes.—Por consiguiente, íbamos á ver á lo lejos y por sus vertientes del Mediodía casi todas las montañas que habíamos visto de cerca y por sus vertientes del Norte.

Y, en efecto: de allí en adelante, fuimos reconociendo, uno por uno, y al través de la vasta llanura que nos separaba de ellos, el *Simplon*, el *Monte Rosa*, el *San Bernardo* y el *Mont-Blanc*..., todos aquellos *amigos* (ya podíamos nombrarlos asi), cuyas blancas cimas, plateadas por la luz de la luna, nos recordaban los cinco dias que habíamos pasado entre ellos.

En cuanto al terreno que atravesábamos, consistia en unos arrozales extensísimos, qué están inundados la mitad del año por las aguas de *Sesia* y del *Ogogna*.

Al término de aquella comarca hicimos alto en *Vercelli*.

Este nombre suscitó también en mi mente algunos pálidos recuerdos de las cosas que aprendí cuando viajaba por la Historia.

A las puertas de *Vercelli* derrotó Mario á los Cimbrios.—Es decir, que hace veinte siglos, ya corría en estos campos la sangre teutona mezclada con la latina.—Los cimbrios que escaparon de aquel terrible combate, tuvieron por conveniente refugiarse en España, donde, si no me equivoco, no fueron mejor recibidos...—Ahora: de lo que sí me acuerdo es de que *Vercelli* fue tomado después dos veces por los españoles; la primera, en tiempo de Felipe IV, y la segunda, durante la Guerra de Sucesión...

¡Pero fuera el cuento de nunca acabar, si yo hubiera de citar una por una todas las glorias de España que recuerda el territorio en que he penetrado!—Baste decir que desde los Alpes hasta el Etna, apenas hay un pueblo, un arroyo, una montaña que no hayan regado con su sangre nuestros mayores.—En Turin como en Milan, en Nápoles como en Roma, tremoló un tiempo la bandera de Castilla, y cuando el Nieto de los Reyes Católicos daba sus leyes á dos Mundos, este poderoso reino de Italia que no acierta á constituirse era una de tantas provincias españolas...—¡Ah! ¿Qué nos valió!!

Repondiéndome estaba yo á esta pregunta, con los ojos fijos en las luces que se veían sobre las murallas de *Vercelli*, cuando el pito de la máquina me sacó de inútiles cavilaciones, y el tren siguió su camino.

Hora y media después llegábamos á *Chivasso*.

De allí en adelante empezamos á ver á nuestra izquierda un ancho y poderoso río, que ya no nos abandonó hasta *Turin*...

Era el *Po*.

De sus copiosas aguas se desprendía una vaga niebla que empañaba la claridad de la luna, impidiéndonos ver el paisaje.

¡Salud al *Po*! dijimos al columbrarlo. ¡Salud al viejo *Eridano*, sepulcro de la soberbia de Faeton! ¡Salud al más potente río de Italia!

El *Po* nace en el *Monte Viso*, á pocas leguas de Turin; recibe en su seno más de cien ríos desprendidos de toda la cadena de los Alpes, y recorre la Alta Italia de un extremo á otro, hasta ir á morir en el Adriático.

En aquel momento iba yo viajando contra su corriente, ó sea en inverso sentido que él; pero ya vereis que más adelante seguiré su mismo curso; lo acompañaré en su marcha de cien leguas; lo saludaré en *Paia*, en *Piacenza* y en *Ferrara*, y llegaré con él á avistar las saladas ondas que estrechan en sus brazos á *Venecia*.

.....
A todo esto *Turin* se nos venía encima.

Las casas de campo principiaban á menudear á los dos lados de la vía férrea...

Largas hileras de luces de gas brillaban ténueamente en el brumoso horizonte...

Los ruidos de la capital empezaban á percibirse á lo lejos...

Y la máquina silbaba como un dragon en agonía.

¡*Torino!* ¡*Torino!* gritaron al poco tiempo los empleados. ¡Preparad los billetes!

—Estamos en *Turin*, dijimos á nuestra vez todos los viajeros.

Y el techo de la estacion resonó sobre nosotros; y el tren hizo alto; y la máquina dió un largo resoplido como si se muriera; y se abrieron las portezuelas de los coches; y saltamos al anden del mismo modo que si hubiéramos llegado á otra cualquier parte...

En la capital de la reciente *Italia* eran las diez y tres minutos de la noche.

Al salir de la estacion nos encontramos en una anchísima esplanada, toda llena de coches de alquiler, entre los que habia muchos en cuyos grandes faroles se leian los nombres de los principales Hoteles de *Turin*.

Nosotros habíamos decidido ir á parar al *Hôtel d'Europe*, dirigido por el señor *Trombetta*, cuya fama es universal.

Dirigímonos, pues, á su coche, y ya ponía yo el pié en el estribo. cuando me sentí detenido por unos robustos brazos, y oí que una voz, nada española por el acento, me decia en español estas palabras:

—¿*Cómo estás?*

Me volví, y á la incierta luz de la luna y del alumbrado público, me encontré con un extraño personaje, elegantemente vestido de negro, alto y fuerte como un Sanson, moreno hasta rayar en mulato, y cuyos ojos de leon, cuyos dientes de marfil y cuya hermosa barba, azulada como las plumas del cuervo, recordaba yo haber visto en otra parte.

—¿*Y Caballero? ¿No venir contigo?* continuó preguntándome aquel hombre, con una espresion de cariño, de inocencia y de bondad en la mirada y en la risa, que contrastaba vivamente con su formidable figura.

—¡*Jussuf!* ¿Eres tú? exclamé entonces, reconociéndole.

—Sí, sí..., yo soy *Jussuf*, respondió mi aparecido con una alegría infantil.

Imaginaos nuestra sorpresa.—*Jussuf* era un marroquí de pura sangre, que Iriarte y yo habíamos conocido en Africa, donde vestía jaique, turbante y babuchas.—Durante la tregua que medió entre la Batalla de Tettuan y la de Vad-ras, aquel moro, que nos habia combatido hasta entonces ferozmente, vino, como otros varios, á nuestro campamento; se aficionó á nuestras costumbres; intimó mucho con mi amigo don José del Saz Caballero (por quien acababa de preguntarme); vivió en su tienda; declaróse *neutral* en la última batalla, y allá me lo dejé cuando abandoné el ejército...

En cuanto al resto de su historia, él mismo se apresuró á contárme-

la, resultando de todo, que Caballero se lo habia traído á Europa en calidad de picador; que habia recorrido con él toda España, toda Francia y toda Suiza; que en España habia hablado á la Reina; que en el *Mont-Blanc*, (donde se hallaba, vestido todavía de moro, cuando lo visitaron los Emperadores franceses), habia conversado con Napoleon y Eugenia; que, en virtud de estos antecedentes, habia solicitado de su amo (él decia *de su amigo*), que lo vistiese á la europea; que esta metamórfosis se realizó en Milan á los pocos dias; que con aquel trage y su hermosura mora era el rey de toda las doncellas y criadas de los hoteles en que iba á parar; que *Caballero* se habia separado de él hacia dos semanas, y debia llegar á Turin de un momento á otro; que él conocia ya la capital del Piamonte como si hubiera nacido en ella, y que vivia en el mismo Hotel á que nosotros nos dirijíamos; que nos serviria de *cicerone* y nos diria dónde estaban *el Gobierno* de España (la Legacion Española), *el teatro*, *el paseo*, *el café* y cuanto pudiéramos desear; y en fin, que se encontraba muy aburrido sin *Caballero*; pero que ya empezaba á hablar el francés y el italiano y á hacerse entender de todo el mundo.

.....

Esta relacion, dicha medio en español, medio en árabe, y salpicada de algunas frases francesas é italianas, nos ha entretenido desde la Estacion hasta el Hotel.—Yo he reparado, con todo, en que hemos venido por hermosísimas calles, todas rectas y profusamente alumbradas, llenas de gente, de carruajes y de lujosas tiendas, y en que el *Hotel de Europa*, en cuyo patio penetró el coche, y donde escribo estas líneas, se halla situado en una extensa plaza, rodeada de arcadas ó portales como la Plaza Mayor de Madrid.—Mañana os diré su nombre y os la describiré.

La primera impresion que me ha causado la capital del Piamonte es sumamente favorable.—Todo lo que he observado desde la estacion del ferro-carril hasta mi aposento, revela verdadera cultura y seriedad.—Por ejemplo: los empleados del ferro-carril y los del hotel no ceden en serviciales y atentos á los franceses; pero son menos charlatanes y ridículos; el cochero me ha parecido un hombre honrado; los agentes de órden público tienen cara de padres de familia; los cuadros que adornan nuestra habitacion representan nobles escenas de las tragedias de Alfieri...

Para concluir por hoy, os diré que cuando ahora poco cenábamos en el comedor (que es un vasto salon, verdaderamente régio), hemos visto cruzar por él una elegantísima dama, de singular hermosura, coronada de flores y envuelta en un lujoso capuchon blanco, la cual iba precedida de un criado con luces y seguida de un lacayo muy compuesto.—Antes que amor, infundia respeto.

Era una duquesa florentina que volvia del teatro.

Yo me inclino á creer que la aparicion de esta beldad aristocrática en semejante momento,—cuando llevamos tantos dias de rodar por valles y montes, lejos de los artificiales encantos de la sociedad,—habrá contribuido en gran parte á hacerme ver ó adivinar á Turin al través de un

prisma tan optimista y lisonjero.—¡Es tan fácil de engañar nuestra loca imaginación!

Como quiera que sea, ya solo debemos pensar en acostarnos.—¡Harto hemos visto y pensado durante el larguísimo día que terminará dentro de pocos minutos!

Hace diez y ocho horas que despertábamos en *Baveno*...—Desde entonces... ¡Cuántas y cuán varias emociones!...—El *Lago Mayor* reflejando un sol de fuego, que ahora alumbra los mares del hemisferio antípoda...; la misa y el almuerzo en las *Islas Borromeas*...; la ribera lombarda...; nuestra permanencia en *Stresa*...; nuestra detención en *Arona*...; la *estátua de San Carlos*...; el *Tesino*...; el café de *Novara*...; el horizonte de *Magenta* esclarecido por la luna...; *Vercelli*...; el *Po*...; nuestra llegada á *Turin*... ¡cuántas y cuántas cosas en un solo día!—¡A mí me parece que ha pasado un año desde que amaneció hasta ahora, y que ya he recorrido toda la Italia!...

Y, sin embargo, no hemos hecho más que *llegar*: todavía no hemos empezado á *ver*.

II.

TURIN.—RESÚMEN DE SU HISTORIA.—UN PASEO POR LA CIUDAD.—EMMANUEL FILIBERTO DE SABOYA.—EL PALACIO REAL POR DENTRO.—TURIN Á VISTA DE PÁJARO.—LAS INGLESAS DE MARTIGNI.—UNA ÓPERA EN ITALIA.—JUSSUF.

Turin, 22 de octubre.

Mi primer cuidado esta mañana,—no bien Dios y su profeta Morfeo me permitieron abrir los ojos,—fue hacerme traer una *Guía* y un *Plano de Turin*.

Con auxilio del *Plano* y algunas explicaciones de Jussuf, me enteré en un momento de la estructura de la ciudad, así como del punto de ella en que me hallaba y de los caminos que debía seguir para regularizar mis excursiones.—A verigüé, pues, antes de tener el gusto de verlo por mí mismo, que había pasado la noche en el centro de *Turin*; que mis balcones daban á su Plaza principal (la *Piazza Castello*), y que á pocos pasos de esta se encontraban los Edificios públicos y Monumentos más curiosos de la corte de Víctor Manuel.

En la *Guía* aprendí que *Turin* se halla situado á 230 metros sobre el nivel del mar:—que hace cincuenta años sólo encerraba 65,000 almas; pero que hoy la población pasa de 160,000 idem,—y que entre ellas hay 4,200 protestantes, y sobre unas 2,000 y tantas judías.

En seguida recordé, ó leí en mis apuntes:

Que *Turin* se llama *Turin* porque la fundaron los *taurinos*; como el

Piamonte se llama Piamonte por hallarse al pie de los Alpes (*Pie-di-monte* en italiano):

Que Anibal destruyó esta ciudad porque no quiso aliarse con él en contra de los romanos:

Que César la conquistó (sin duda en recompensa), llamándola *Colonia Julia...*; lo cual no acredita de modesto al héroe de Farsalia;

Pero que despues se denominó *Colonia Augusta Taurinorum*,—frase ruidosa y vana, que revela dos debilidades:

Que luego cayó en poder de los *lombardos*,—á los que no hay que confundir con los lombardos de hoy, por más que estos les deban su nombre y la levadura de su sangre; pues aquellos eran unos germanos (que es como quien dice *alemanes... ¡tedeschi!*) recién llegaditos de su país:

Que, andando los tiempos, Carlo Magno la libró de aquella gente y se la guardó para sí, dándola á los señores de Susa, feudatarios de su Imperio:

Que, en el siglo XI, esta desventuradísima Turin fué á parar por herencia á manos de un nuevo amo, es á saber; á manos del duque de Saboya,—de lo que se acaba de vengar el Piamonte, regalando la Saboya á los franceses....!

Que, en 1418, la tan llevada y traída ciudad empezó á ser capital de uno y otro Estado:

Que despues se apoderó de ella la Francia:

Que España se la regaló ó devolvió más adelante á Enmanuel Filiberto de Saboya, General insigne que había estado al servicio de nuestros reyes Cárlos V y Felipe II:

Que, en 1675, Turin empezó á ser capital de un Reino, por haber tomado los duques de Saboya el título de *Reyes de Cerdeña*:

Que la tal Capital hubo todavía de serlo de una Provincia, bajo la República francesa y durante el imperio del primer Napoleon:

Que, en 1815, el congreso de Viena—¡sin saber lo que se hacia!—la restituyó á la casa de Saboya, aumentando sus dominios con la que fue en un tiempo República de Génova, y que desde entonces el Reino que Turin preside tomó la denominacion de *Estados Sardinios*:

Que el rey Cárlos Alberto dijo un dia: *La Italia farà da se...* (y ya hemos visto lo que *la Italia ha dispuesto de si*, segun afirman unos, ó lo que el Piamonte *ha dispuesto de la Italia*, segun pretenden otros):

Que, hasta hace pocos años, el idioma oficial y popular de Turin era *el francés*, y que sólo se empezó á legislar y hablar *en italiano* cuando el dicho Cárlos Alberto dió el *Estatuto* y empezó á acariciar la idea de Napoleon I de hacer un solo reino con toda la Italia, idea que habían tenido sus apóstoles, sus mártires y sus guerreros desde épocas muy remotas...

Y que...

Pero lo demás que recordé ó leí lo sabeis vosotros por los periódicos;

Levantéme, pues, y me eché á la calle, ó por mejor decir, salí á la Plaza.

La *Piazza Castello* es el punto céntrico de Turin; tiene 225 metros de longitud por 166 de anchura, y debe su nombre á un Castillo ó Palacio que se levanta en medio de ella.

Los edificios que determinan tan vasto cuadrilongo son altos y bellos, iguales todos por los lados del Sur, de Oriente y de Poniente, y alzados sobre elegantes pórticos, que forman tres hermosas galerías llenas de tiendas á derecha é izquierda, por en medio de las cuales circula incesantemente una apretada muchedumbre...

El lado del Norte lo ocupan: una gran verja (que da entrada á otra plaza mas pequeña, en cuyo fondo se levanta el *Palacio Real*), los ministerios de Estado, de la Guerra, de Marina y de Hacienda, y la direccion de Artillería y Fortificaciones.

Al fin de la galería del Este se halla el *Teatro Regio*, que no tiene fachada, y que, dicho sea de paso, no se abre hasta la Pascua de Navidad, época en que principa lo que aquí se llama *Carnavalone*, ó sea la verdadera temporada lírica, durante la cual da sus grandes bailes la aristocracia.

El edificio que, segun hemos indicado, ocupa el centro de la *Piazza Castello*, se llama ahora *il Palazzo Madama* (antes *le Palais Madame*) y debe su nombre á la circunstancia de haberlo vivido y restaurado la madre de Amadeo II, denominada generalmente *Madame Reale*, como todas las Reinas-madres del Piamonte.—Este Palacio es antiquísimo; su noble arquitectura llama la atencion, á pesar de habérsele quitado en gran parte su carácter de la Edad Media para darle el del Renacimiento; está fortificado por recias torres en su lado oriental, y sirve hoy de residencia al Senado, á la Policía y al Museo de Pinturas. ¡Qué revoltillo!

En resúmen, la *Piazza Castello* es digna de una gran capital. Sus vastas dimensiones; la severa regularidad de sus edificios; la amplitud de sus pórticos (*i Portici*), donde se dan cita por las mañanas los elegantes desocupados de Turin para ver pasar á las damas que van á tiendas; y, sobre todo, el venerable aspecto del *Palais-Madame*, campeando solo en medio de la extensa planicie, como un monumento, como una ejecutoria, como recuerdo histórico, sorprenden agradablemente al viajero, disponiendo su ánimo en favor del pequeño Estado que se supo crear una tan decorosa Metrópoli.

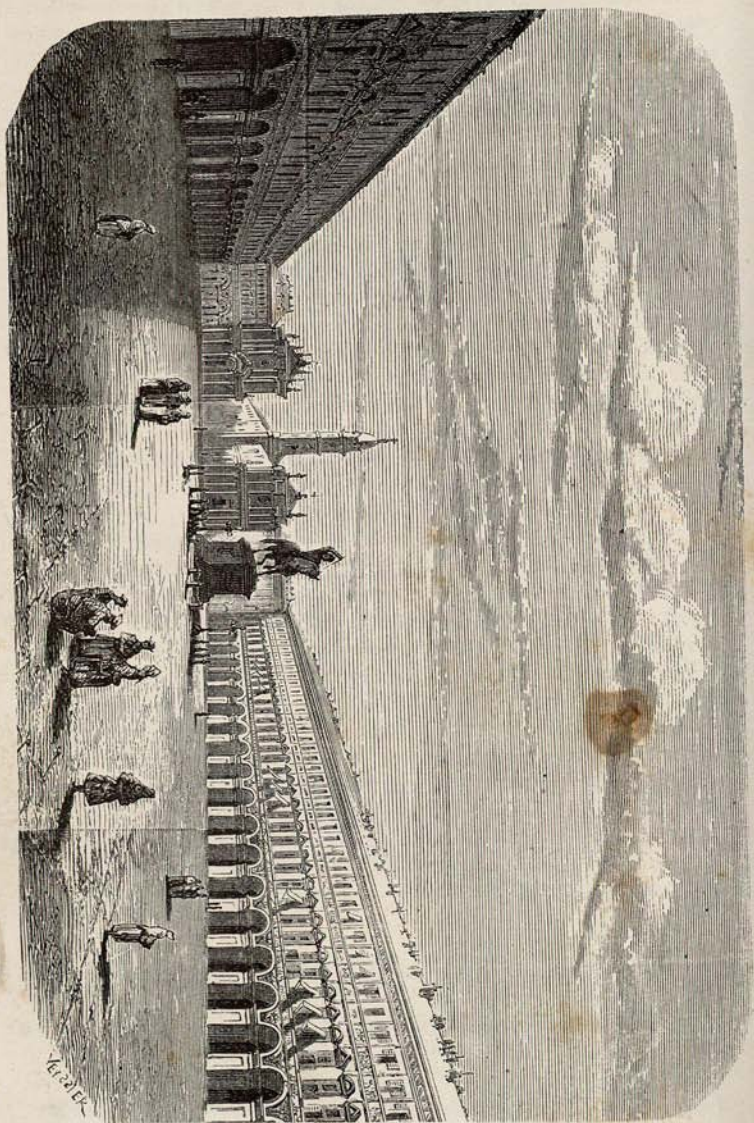
Las principales calles de Turin arrancan de la *Piazza Castello*.

Estas calles (que son la del *Po* la de *Dora Grossa* y la *Via Nuova*) corren en línea recta hasta los confines de la ciudad, pasando por plazas no menos bellas que la que acabo de describir.

La *Via di Po*, que indudablemente es la más hermosa, tiene diez y ocho metros y medio de anchura, y una galería de pórticos á cada lado.



PLAZA DE SAN CÁRLOS, EN TURIN.



Al término de ella se divisa la *Piazza de Vittorio Enmanuele* (una de las más espaciosas del mundo), las riberas y el Puente del *Po*, y una verde colina que cierra el horizonte.

Como yo habia de subir esta tarde á aquella colina, desde donde se ve *Turin* á vista de pájaro, dejé para entonces el recorrer la parte meridional de la ciudad; y girando por la *Piazza Castello*, me asomé á la embocadura de otra calle.

Aquella era de la de *Dora Grossa*, cuya longitud pasa de un kilómetro.

Al fin de ella se distingue la *Piazza dello Statuto*; despues una alameda; detrás un campo que se eleva gradualmente, y allá en lo último, las nevadas cumbres del *Mont-Cenis* y del *Mont-Genèvre*, levantándose muy por encima de la desembocadura de la calle, como una decoracion de teatro.

Tampoco entraba en mi plan dirigirme por aquel lado, y seguí dando la vuelta á la plaza hasta llegar á la embocadura de la *Via Nuova*.

La *Via Nuova* ofrece un golpe de vista que no cede en hermosura á las dos que hemós señalado.

Es tambien recta y ancha, y termina en una soberbia plaza (*Piazza San Carlo*), en medio de la cual campea una airosa Estatua ecuestre.

Al otro lado de la Plaza, sigue la calle con el nombre de *Via di Porta Nuova*, de modo que la estatua, en vez de destacarse contra un muro, descuella en el espacio de aquella otra larga via,—que por su parte va á terminar en la magnífica Plaza de *Carlo Felice*, ornada de árboles, detrás de los cuales asoma el embarcadero del ferro-carril.

Esta sucesion de Plazas y Calles, cuyo límite definitivo es la conjuncion aparente del verde campo y del cielo azul, presenta un aspecto magestuoso, muy superior á la decantada vista de la calle de la Paz, la columna Vendome y la calle de Castiglione de París.

Bajando, pues, por la *Via Nuova*, llegué á la *Piazza San Carlo* y al pié de aquella Estátua ecuestre que tan airosa me habia parecido desde lejos.

La *Piazza San Carlo* es para mi gusto la mas bella de *Turin*.—Los edificios que la forman no son ya notables solamente por su tamaño y su regularidad, sino tambien por su noble arquitectura y conjunto armonioso. Las alas laterales son dos extensos Palacios, levantados sobre amplios pórticos mucho mas artisticos que los de la *Piazza Castello*. El ala del Sur,—partida, como hemos dicho, por la *Via di porta Nuova*,—está ocupada por dos Iglesias: la de *San Carlos* y la de *Santa Cristina*. Al principio y al fin de la plaza entran en ella simétricamente, aislando los dos palacios citados, cuatro calles transversales, por las que se descubren tambien, ora el *Po*, ora otras plazas, ora las campiñas y los montes.....

Esto último se explica por la regularísima planta de *Turin*, cuyas calles todas, tiradas rigorosamente á cordel, se cortan en ángulos rectos,

cual si la capital entera hubiera sido hecha de una vez como se hace un solo edificio.—Y la verdad no es otra. La capital del Piamonte, arrasada varias veces por los conquistadores, y una de ellas, al principio del siglo pasado, es hoy la córte más moderna de Europa, aunque se levante sobre cimientos tan antiguos.

El empedrado es uno de los mejores que yo he visto hasta ahora, no solo por su disposicion, sino por la calidad de la piedra; la cual, al decir de los inteligentes, es por lo general tan rica, que, si se la pulimentase, podria servir para adorno interior de alcázares y templos.—Aparte de los Pórticos, que tanto abundan en *Turin*, y que protegen al transeunte contra el sol del verano y las nieves del invierno, las calles tienen aceras, y además una especie de carril (y hasta dos, en las muy anchas) trazado con una doble hilera de losas, á fin de marcar su derrotero á los coches.

En cuanto á las casas, todas son buenas, sin que haya ninguna extraordinariamente hermosa.—El carácter especial de la poblacion consiste principalmente en esto.—Yo no he hallado en toda ella (ni en los barrios mas apartados) una sola casucha de las que alternan en París y Lóndres con sus grandes hoteles y suntuosos palacios; como tampoco me ha llamado vivamente la atencion hotel ni palacio alguno.—Esta monotonía no será pintoresca; pero es agradable en otro sentido.—En *Turin* son tan raros los pobres de solemnidad como los Cresos y los Midas....

Mas observo que me extravió.—Decíamos que llegué al pié de la Estatua ecuestre que decora la *Plaza de San Carlos*.

El ginete de bronce que envaina allí su espada con la más noble ufanía, representa á un hombre tan venerado en España como en Cerdeña, y á quien los españoles debemos tanto amor y gratitud como sus compatriotas, siendo de lamentar que no se nos haya ocurrido antes que á ellos la idea de levantar monumentos en su honor.—Es el famoso general *Enmanuel Filiberto de Saboya*, apellidado *Cabeza de hierro*, quien, desposeido de sus Estados por los franceses (como ya hemos indicado), entró al servicio de Carlos V, y despues al de Felipe II, cabiéndole la gloria de mandar á los españoles en la batalla de San Quintin.—Allí derrotó completamente á nuestros enemigos, que tambien eran los suyos, y esta victoria y otros memorables hechos de armas, que eternizaron la memoria del *ilustre saboyano*, como lo nombra Mariana, produjeron la paz de Chateau-Cambrésis, tan ventajosa para la politica de Felipe II, y en la cual se le devolvieron á Filiberto sus Estados, que él, con su propio esfuerzo y la ayuda de España, habia sabido redimir de la dominacion extranjera.

Ha sido, pues, muy feliz la idea del escultor de representar á *Enmanuel* en ademan de envainar la espada despues de haber concluido una paz tan gloriosa.—Y por eso dice la inscripcion del pedestal: «que Carlos Alberto dedicó aquel monumento *al vengador y salvador de su familia*.»—Por lo demás, la estatua es tambien muy bella en sí, como simple obra de arte.—La figura del guerrero está llena de vida y magestad, á

pesar de lo violento de la actitud, y expresa perfectamente la bien sentida intencion de su autor, el famoso *Marochetti*.—La armadura es copia fiel de la que usó Filiberto (Ya la veremos en el Museo de Armas).—En el pedestal hay dos bajo-relieves, de los cuales uno representa la *Batalla de San Quintin* y el otro la *Paz de Chateau-Cambrésis*.

De la *Piazza San Carlo* me fui al *Palacio Real*.

Segun os he dicho antes, una alta verja de hierro sirve de entrada á la plaza que lo precede.

Sobre los pilares que hay en medio de esta verja, véanse dos Grupos de Caballos de bronce, más buenos ó más malos, pero que son allí de un gran efecto...

El Palacio es de ladrillos, que están al descubierto (pues la fachada no ha sido aun revestida ni tan siquiera revocada), lo cual, como supon-dreis fácilmente, le da un aire tan pobre é insignificante que nadie lo tomaria por la morada de un rey.

Por dentro ya es otra cosa. Desde que se entra en el peristilo, empiezan á llamar la atencion las grandiosas y bien concertadas proporciones del edificio y el lujo con que se halla decorado.

Cerca de la escalera vése en una gran hornacina la Estátua ecuestre de Victor Amadeo I, primer rey de Cerdeña.—La Estátua es de bronce y el caballo de mármol blanco, sirviéndole de palafreneros dos Esclavos bastante bien esculpidos.

Mientras subia la ancha escalera, experimenté una rara emocion, que no acerté á discernir si era tristeza ó miedo, al considerar que el en otro tiempo pacífico habitante de aquella soberbia morada, hállase en lejanas tierras al frente de su ejército, comprometido en una audaz empresa, en que juega el todo por el todo; anatematizado y maldecido por clases enteras de la sociedad; mirado con odio por fortísimas potencias, que acechan el momento de aniquilarlo; vencedor afortunado, pero que acaso no dispondrá nunca de un solo instante de reposo en que saborear sus triunfos; instrumento fatal, elegido por la Revolucion para dar el asalto á la autoridad temporal de la Iglesia, combatida y cercada hace tiempo; mantenedor, en fin, de la noble empresa de librar á Italia de la dominacion del extranjero, de príncipes desnaturalizados, que conspiraban contra sus propios súbditos, y de gobiernos parricidas, que atentaban á la madre patria...

¡Oh! ¡sí! Al recorrer aquel palacio desierto, háme causado espante la tremenda posicion en que una generosa idea, prematura ó torpemente manifestada, ha colocado al héroe de Palestro y San Martino; á aquel hombre á quien todos saludábamos con entusiasta admiracion cuando juraba no visitar el sepulcro de su padre hasta vengar su muerte y el desastre que la produjo; cuando enviaba á la Crimea aquel puñado de valientes que tanta gloria alcanzó á orillas del Tchernaja, y cuando Milán lo aclamaba su rey, despues de la Batalla de Magenta!

Pero sigamos adelante.—El Palacio del *Rey de Italia* se halla hoy todo revuelto y desordenado, á causa de estarse enviando á Nápoles algunos de sus muebles, y por haberse ya empezado á preparar las habitaciones para el invierno. Han llamado, sin embargo, mi atencion, por su magnificencia y por otras consideraciones, primeramente: el *Salon del Trono* (donde hace pocos dias resonaron tan importantes mensajes y discursos, con motivo de las anexiones de Parma, Módena, Toscana y parte de los Estados pontificios) y despues la *Sala del Consejo*, donde el rey trataria el año pasado con sus ministros todas estas cosas que nosotros vamos leyendo hoy en los periódicos á medida que suceden.

Mas ¿qué digo? La mesa redonda que se ve en medio de aquel aposento, cubierta con un tapete verde, y rodeada de ocho ó diez sillones, entre los que sobresale el destinado al rey, pudiera contar otras escenas aun más curiosas.—Figuraos que lleva veinte años de *asistir* al Consejo de Ministros!—Allí, pues, dijo Cárlos Alberto la primera palabra de esta Revolucion que hoy ha tomado tanto cuerpo...

En otra magnífica estancia me han mostrado la cama en que falleció la madre de Victor Manuel; y, en un reducido gabinete, la trampa ó escotillon con que bajaban al jardin á su esposa, la encantadora María Adelaide, que, como sabreis acaso, murió de consuncion hace poco tiempo.

Y he llamado encantadora á esta princesa, porque tal me ha parecido en los muchos retratos suyos que he visto en el Palacio; porque la fama lo afirma tambien así, y sobre todo, porque los piemonteses, que no peccan de místicos, la tienen en opinion de Santa.

Pero lo que más me ha interesado en esta regia morada ha sido el aposento que habitaba ordinariamente la princesa Clotilde, hija de Victor Manuel, casada con el príncipe Napoleon.—Excusado es decir que la princesa Clotilde tenia designado en el palacio un vasto departamento, compuesto de tantos salones y gabinetes cuantos son los ordinarios usos de la vida, —(gabinetes y salones á cual más espacioso y magnífico)...— Pero como no por ser reyes ó príncipes se tiene más de un cuerpo ni más de un alma (y gracias si los que se tienen valen algo), aquella jóven se procuró el siguiente *nido* en la fria soledad de su anchurosa vivienda.

Los muros del palacio son gruesísimos, y los balcones muy grandes; de donde resulta que cada hueco de aquellos tiene unas tres varas de fondo por cuatro de ancho y como seis de altura; espacio que dejan aislado y oculto, al caer, los grandes cortinajes de los aposentos.—Ahora bien; la princesa empezó por huir del salon al gabinete; luego huyó del gabinete á la alcoba; despues se refugió en el tocador; del tocador pasó al cuarto del baño; y, encontrándolo todavía demasiado grande para una persona sola, demasiado alto de techo, demasiado mudo y solo, se escondió detrás de una cortina y fijó su residencia en el hueco de un balcon.—Allí hizo poner un divan, un taburete, una mesa, un diminuto estante con una biblioteca en miniatura, dos jarros de flores, un recado de escribir, una jaula con un ruiseñor, un costurero, pequeños retratos de

su familia, un espejo en que retratarse ella, un reloj, una lámpara y otras muchas cosas que no recuerdo..., y con esto se dió por perfectamente alojada.

Victor Manuel,—en quien todos reconocen como sentimiento dominante el amor paternal,—no ha querido que se cambie cosa alguna en este singular aposento, que le recuerda á su hija ausente, y que á mí me ha dado ocasion esta mañana para discurrir cuanto me ha parecido acerca de la condicion humana; de las vanidades de la vida; de lo verdadero y de lo falso; de lo que pensarán los reyes cuando están á solas con su propia humanidad; de lo necesario y de lo supérfluo; de lo finito y de lo infinito; de la insuficiencia de los sentidos para complacer á la imaginacion; de lo limitada que es la vida y de lo ilimitado que es el deseo; de la impenetrabilidad de los instantes, ó sea de la imposibilidad de vivir dos veces á un tiempo mismo; de la implacable marcha del tiempo, que no sale de su paso por nada ni por nadie; de la fatal precision de dormir; de lo que fuera un hombre *ubiquo*; de las diferencias que hay entre la nada y lo pasado, y entre lo pasado y lo futuro; de las fuerzas excedentes ó sobrantes del alma; de nuestra loca aspiracion á una noción absoluta; de los afanes gratuitos ó injustificados de la imaginacion; de la máxima profundísima: *Ignoti nulla cupido...*, y de otras muchas cosas que aún me bullen en la mente, pero que me fuera imposible representar por medio de palabras.

Porque esta es la verdad.—Nosotros no sabemos lo que sabemos; nosotros no nos damos cuenta de lo que pensamos; nosotros no nos oímos...

Nosce te ipsum (¡conócete!) decia un filósofo...

¡Yo lo creo imposible!—Por más atencion que presto á las voces de mi alma, no acierto á percibir sino muy pocas, y esas confusamente...

El que muere abrasado por un rayo, no ve el rayo, ni lo siente siquiera, ni menos se da cuenta de lo que le ha ocurrido...

Pues casi lo mismo, aunque en sentido inverso, acontece con ciertas ideas,—que pasan por nosotros sin que las veamos, y de las cuales solo sabemos *que pasaron ya...*

¿No habeis formado alguna noche el necio empeño de saber cuando os dormís, de tener conciencia de vuestra última idea, y de poder deciros: «*Todavía estoy despierto...—Ya no lo estoy...?*»

¡Pues tan necio fuera empeñarnos en saber algunas cosas de las que pensamos despiertos!

Diríase que nuestro pensamiento es una bola maciza de oro puro, de la cual solo podemos ver una parte de la superficie.—El que lograrse ver á un mismo tiempo, de una sola ojeada (¡oh qué absurdo!), todo el oro que contiene esa bola, átomo por átomo (¡pero qué hablo de átomos?), reduciendo el metal á mera superficie... (lo que ni aun se puede imaginar); el que hiciera eso (cual si la materia no fuese divisible hasta lo infinito, y cual si la fracción mas infinitesimal no guardase otra masa escondida); el que eso consiguiera (lo cual equivaldria á convertir la materia en espí-

ritu), ese podria tambien saber todo lo que encierra el alma humana; ese se conoceria á sí mismo; ese tendria conciencia de su propio entendimiento; ese seria Dios!

Hablemos, pues, solamente de lo que sepamos.

Por ejemplo: sigamos hablando del Palacio Real de *Turin*.

Pero el caso es que ya no nos queda nada que contar acerca del tal Palacio.

Pues ¿y las habitaciones del Rey? preguntarán algunos.

A estos les responderé que VICTOR MANUEL II no es en su palacio sino una especie de empleado: que, cuando está en Turin, vive en el piso segundo, en una modesta casa amueblada á la moderna y con menos lujo que la del último de sus cortesanos: que de allí baja al piso principal á desempeñar su oficio de *rey*, como van los ministros á sus ministerios, y que en su casa y en la calle hace la vida de un simple particular.

Victor Manuel, el rey *galantuomo* (hombre de bien), recibió una severa educacion militar y científica, que lo inclinó á la rudeza y á la sencillez de costumbres. En vida de su padre mandaba un Regimiento, no en el nombre, sino real y efectivamente. Segun una tradicion de esta familia, siempre que el rey sale á campaña tiene que llevar consigo á su hijo mayor, y asi lo hizo Cárlos Alberto en 1848.—Victor Manuel recibió un balazo en una pierna en la batalla de Goito, que precedió á la de Navarra.—El, por su parte, ha cumplido tambien con el precepto tradicional, confiando en 1854 el mando de una brigada á su hijo Humberto, presunto heredero del trono, á pesar de que solo tenia quince años; y el jóven príncipe demostró en las batallas de Palestro, de Magenta y Solferino que corria por sus venas la sangre de Filiberto de Saboya.

La gran aficion de Victor Manuel es la caza, á tal punto que se le ha visto muchas veces solo, recorriendo á pié montes y selvas, lejos ya de los Sitios Reales, llegar á la cabaña del pastor á pedir algun frugal alimento, y continuar despues su ruda tarea, hasta que la noche le ha sorprendido, obligándole á buscar, ora una Estacion de camino de hierro, ora un pueblo en que alquilar un carruaje, ora la mansa cabalgadura de un campesino para volver á la córte, inquieta ya con su tardanza.

Este género de vida ha dado lugar á raros encuentros y singulares aventuras, dignas del romance y de la novela, que os recomiendo leais en las historias que tratan de este rey, á quien se tiene por el primer cazador, el mejor soldado y el mas constante madrugador de su reino.

Detrás del palacio hay un magnifico jardin (*in Giardino reale*), abierto al público desde las once hasta las cuatro.

Como yo acababa de verlo desde un balcon, renuncié á bajar á él, prefiriendo emplear aquel tiempo en visitar el *Museo de Armas*, que está tocando al Palacio.

Allí he tenido el placer de contemplar, entre otras muchas cosas, la *armadura* de Emmanuel Filiberto, un hermoso *escudo* cincelado por

Benvenuto Cellini, una *montura* de terciopelo encarnado, que perteneció á Carlos V, y una *armadura* de colosales dimensiones, con la cual asistió á la batalla de Pavía un escudero del rey de Francia.—El tal escudero debía de ser un gigante.

Desde la *Armeria* me vine al Hotel, donde me aguardaba Iriarte, que habia empleado la mañana en retratar á Jussuf; y, una vez reunidos, discutimos el programa del resto del día, dándole voz y voto al nunca bien ponderado sectario de Mahoma.

Del debate resultó que lo más urgente para nosotros era buscar una altura que dominara á *todo Turin*, á fin de contemplarlo á vista de pájaro y formar perfecta idea de su *aspecto general*, límites y circunstancias. No nos bastaba el plano: necesitábamos la *perspectiva*.—Convinimos, pues, en subir á las cuatro al convento de *Capuchinos del Monte*, que, como creo haberos dicho, está situado en lo alto de una colina, al otro lado del Po.

—Desde ahora hasta las cuatro, dije yo, podemos ver algunas iglesias, algun museo, algun...

—De ningun modo, replicó mi amigo. No involucremos las sensaciones. Lo primero de todo es ver la ciudad por fuera, comprenderla, sentirla, dominarla. Despues la desmenuzaremos.—Ahora estamos todavía en el período de síntesis. Mañana entraremos en el de análisis.—Pido, pues, que vaguemos por las calles hasta la hora de subir á *Cappuccini*.

Aprobóse tan juiciosa observacion.

Entonces propuso Jussuf que fuésemos á la noche á un teatro que él conocia, en el cual se cantaba hacia muchas noches *una cosa*, que por las señas que nos dió el avisado marroquí, comprendimos debía de ser la *Norma*.

Esta idea fue tambien aprobada por unanimidad y entre los mayores aplausos.—¡Ir á la ópera en Italia!... ¡En el país clásico de la música!... ¿Qué cosa más natural, más propia, más indígena?

—¡Vereis qué bien cantan! exclamó Jussuf.

—¿Quién lo duda, si estamos en la fuente? respondimos nosotros con indecible alegría.

Y como durante la sesion hubiésemos almorzado, pusímonos en la del rey, más libres, sin cuidados y dichosos que los gorriones que tomaban el sol en los tejados.

Hacia un hermoso día de sol: habíamos almorzado como se almuerza en el *Hotel Trombetta*: aún nos quedaban cigarros españoles: teníamos buenas y recientes noticias de nuestras familias: carecíamos de equipaje en que pensar: el dinero que llevábamos encima nos parecia inagotable, aunque estaba muy lejos de serlo: veíamos á nuestra disposicion toda una hermosa capital en que nadie nos conocia: podíamos disponer de un idioma que los demás ignoraban (el español), y éramos capaces de entender á medio mundo, á favor de seis lenguas que hablábamos entre los tres; y,

por último, para un caso de necesidad, contábamos con los puños del moro, que deshace las piedras con los dedos y echa por tierra al cabal o que le desobedece...—¿Quién soñó nunca tan completa felicidad?

Ufanos, pues, y alegres, como triunfadores por país conquistado, entramos en la *Via di Po*, en cuyas anchas galerías (llenas de gente, de tiendas, de anuncios, de puestos de libros y de frutas, de estamperías, de muestras fotográficas y de cuantos objetos é industrias pueden dar idea del movimiento social de un pueblo) vagamos á la ventura, *flaneamos*, como dicen los franceses, observando, leyendo, comparando; haciendo preguntas, juicios y comparaciones; formando cálculos; entregándonos á reflexiones serias; diciendo chistes inocentes, y sobre todo, procurando sacar, deducir, extraer de tantas cosas el espíritu popular, la opinion pública, la conciencia y el deseo de la nacion.

Si algo enseñan los viajes es precisamente esto.—En vano es que un país trate de ocultar su índole; de disfrazar sus tendencias; de negar, por boca de sus gobiernos, sus odios, sus ambiciones, sus simpatías, sus esperanzas... Y en vano es tambien que os presentéis en ese país con antiguas opiniones (con *preocupaciones*, por mejor decir), con pasion de partido, con propósito firme de encontrar solamente lo que os agrade...—El país hablará á pesar suyo, y vosotros escuchareis á pesar vuestro. La sensibilidad os irá enterando poco á poco de la verdad de las cosas: esta verdad se desprenderá de todas partes, de lo animado y de lo inanimado, como un efluvio, como un perfume, y os penetrará por los poros hasta formar en vuestra conciencia una íntima conviccion.—Demasiado sé que, si esta verdad os disgusta; si se opone á vuestros intereses; si ¡os coloca en contradiccion con cuanto habíais proclamado antes, podeis ocultarla, y hasta negarla en alta voz; pero la llevareis eternamente en lo íntimo del espíritu, como un remordimiento, como un miedo, como una luz inestinguible encerrada en un sepulcro!

De esta manera fatal, indeliberada, irresistible, he adquirido yo hoy ciertas opiniones y creencias (que ya irán apareciendo en mi discurso), á medida que iba considerando la forma en que estaban expuestos en la *Via di Po* los retratos de Pio IX, de Victor Manuel, de Cavour, de Napoleon y de Garibaldi; el lujo y el precio de cada uno de ellos; los atributos que los adornaban; el modo que tenia el mercader de pregonar su venta; la venta que hacia; la expresion con que los miraban los soldados, los milicianos, los clérigos y las mujeres; lo que estas gentes exclamaban ó se decian; cómo trataban los *bersaglieri* (los zuavos del Piamonte) á los guardias nacionales; cómo se miraban los clérigos y los seglares; qué libros servian de muestra en las innumerables librerías que inundan á *Turin*; qué títulos llevaban esos folletos que solo viven un dia, y que son la expresion cándida y sincera de lo que ocultan los diplomáticos; qué decian los periódicos callejeros, y cómo lo decian; y (en otro órden de cosas) qué precio tenian los géneros de los almacenes; qué valor la moneda; qué *literatura* los comerciantes; qué mañas los compradores; qué aspecto los

transeuntes; qué fórmulas la cortesía; qué maneras y qué fisonomía la generalidad de las gentes; si habia más alegres que tristes, más ligeros que graves, más tontos que discretos, ó más buenos que malos; si existian costumbres; si la sociedad era antes que el individuo, ó el individuo antes que la sociedad; si la vida giraba en torno de ideales abstractos, o de realidades terrenas, y si estas realidades eran permanentes ó transitorias; por cuánto entraban el sentimiento en el arte y la poesía en la política; qué lugar ocupaba la mujer en la escala de las devociones; y, en fin, otras muchas, innumerables fases que me presentaban en la *Via di Po* las personas y los objetos;—fases claras, distintas, reveladoras (sobre todo en un país tan libre y tan tolerante como este), que ora hablaban á la observacion, ora á la intuicion, ora á la sensibilidad, ora á la razon fria; pero que hablaban en suma...—por lo que nada tiene de particular que yo me haya enterado de tantos secretos.

No desconfieis, pues, de los dictámenes que yo emita, que no serán muchos, ni los creais gratuitos é infundados.—En cuanto á mi sinceridad, sé que no dudais de ella...

.....

Pero todo este exordio es completamente inútil, ó cuando menos estemporáneo, puesto que yo no pienso abordar ahora ninguna cuestion importante.

Ahora me contento con que me acompañeis en mi paseo y vayais viendo conmigo el animado cosmorama de esta amplia y recta calle.

Jussuf, con su admirable olfato de moro, avivado por un odio fundado en el desprecio, descubrirá los judíos que anden mezclados con la muchedumbre, aunque se hallen vestidos á la europea.

Nosotros comprenderemos por nuestra parte que los piamónteses profesan una verdadera adoracion á la dinastía de Saboya, al ver repetido el nombre de sus reyes en los azulejos de calles y plazas, en los monumentos públicos, en historias y grabados, en la denominacion de teatros y paseos, telas y muebles, modas y usos, cual si el pueblo se creyera representado en la Familia Real.

En un lado encontraremos que las principales oficinas del Estado se hallan en edificios provisionales.

En otro repararemos que hay muchas obras importantes suspendidas.

Aquí nos sorprenderá ver un mísero inquilino ó un pobre establecimiento en un vasto y hermoso local.

Allí nos convenceremos de que la ciudad ha sido construida en la prevision de altísimos destinos, y que es demasiado grande para la poblacion que contiene.

Y lo que sobre todo echaremos de ver es que *Turin* empieza á perder la esperanza de ser la capital del nuevo reino.

La misma actividad febril con que el gobierno se apresura á construir un gran Parlamento provisional, á fin de que la primera Asamblea italiana se reúna en *Turin*, y no en otra ciudad rival de ella, indica el temor

que abriga esta vieja corte de verse anulada por sus propios hechos.

Porque ya comprendereis que además de la *Turin política*, hay una *Turin municipal*; y que todo lo que la Turin política ganaria con trasladar su trono á Roma (por ejemplo), lo perderia la Turin municipal irremisiblemente.

Asi es que esta mañana hemos visto una caricatura muy graciosa, titulada *Historia de Gianduja*, que representa perfectamente estas dos ideas.—*Gianduja* es un personaje imaginario, de invencion popular, equivalente al *Girolamo* de Milan, al *Arlequin* de Bérghamo, al *Pulcinella* de Nápoles, y del que se puede decir que es la personificacion del Piamonte.—Ahora bien, en la caricatura citada, *Gianduja* empieza por ser un sugeto muy delgado y muy gloton.—Principia luego á comer, y se traga sucesivamente la Saboya, la república de Génova, los condados de Asti y Niza, los ducados de Monferrato y de Aosta, el señorío de Vercelli, la isla de Cerdeña, parte del ducado de Milan, etc., etc., con todo lo cual llega á ser un mozo robusto y bien portado que causa envidia á las gentes.—Pero *Gianduja* sigue comiendo, y devora la Lombardía, los ducados de Módena, Parma y Toscana, el reino de Nápoles y los Estados Pontificios.—Entonces se pone tan gordo, que revienta, dando de sí un hermoso reino de *Italia*, mientras que él se queda mas flaco y miserable que al principio de su carrera, despreciado y desatendido de la misma criatura que ha nutrido con su sangre!!

Haciendo estas y otras observaciones, bajamos toda la *Via di Po*, y llegamos á la *Piazza Vitorio Emanuele*, de trescientos sesenta metros de longitud por ciento once de anchura.

Al término de ella corre el *Po*, sobre el cual pasamos por un magnífico puente de cinco arcos, construido á principios de este siglo, cuando *Turin* formaba parte del imperio de Napoleon.

La decoracion que se alcanza por todos lados desde el promedio de aquel puente, es verdaderamente deliciosa.—Dejais atrás á *Turin*, hasta cuyo centro penetra la vista.—A un lado y otro teneis el rio, magestuoso y opulento, de entre cuyas ondas brotan dos islas, largas y estrechas como dos esquifes.—Pomposas alamedas embellecen ambas márgenes, sobre todo por la parte de la derecha, ó sea *rio arriba*.—La mirada reposa en los lindos barrios del *Rubatto* y *Borgo di Po*, en el *Asilo de Mendicidad*, la *Vanchiglia* y el *Puente de hierro*,—lejanas perspectivas de uno y otro balcon,—y allá, en último término, descúbrense los jardines y los muros del *Castel del Valentino*, Real casa de campo, tan ilustre por su antigüedad como reputada por su hermosura.

Al otro lado del puente se levanta una suave colina, cubierta de árboles, flores, iglesias y palacios, en la cual pasan el verano muchas familias aristocráticas de *Turin*.—Era la altura á que nos dirigiamos nosotros para gozar de la vista panorámica de toda la poblacion.

Pero antes de subir allí, reparamos en la iglesia de la *Gran Madre di*

Dio, que se alzaba cerca de nosotros y á la que conducía una anchísima escalinata. Este famoso templo fue erigido en 1814 por la Ciudad y por el Gobierno para celebrar el fin de la dominación francesa y la vuelta de Víctor Manuel I á su antigua córte. El *Pantheon* de Roma le sirvió de modelo. Delante del pórtico se ven dos Grupos de escultura, que simbolizan la Fé y el Amor.

Por último: á nuestra izquierda descubriase entre los árboles, y ya en la altura, la *Viña de la Reina*, residencia de estío, sumamente celebrada; mientras que al otro lado divisábamos el Convento de *Capuchinos del Monte*, famoso por la mencionada *vista de Turin* que se disfruta desde su atrio...

Subimos, pues, echándonos para ello al cuerpo una pendienteísima cuesta, sombreada por altos álamos y trazada en redobladas eses...

Una vez arriba, nuestra primera operación fue asomarnos al balcon de piedra que rodea la plazoleta ó *compás* en cuyo centro se alza el edificio..., y ahora quisiera yo poder daros una idea del extenso y grandioso panorama que se recorrió entonces á nuestros ojos.

Primeramente veíamos debajo del balcon un bosque espesísimo, dispuesto en anfiteatro, de tal modo que, empezando al alcance de nuestra mano, iba á morir al pie de la colina, á la orilla misma del Po...

Después interponíase la ancha faja del sosegado río, brillante como un espejo, perdiéndose de vista hácia Poniente y Levante, sin que una sola barca turbara su quietud, su tersura, su apacible soledad.

En seguida descubríamos el cinturón de árboles y paseos que rodea á *Turin*, en sustitución de sus antiguas murallas.

Luego venía la Ciudad, pacíficamente asentada en la llanura, mostrándose toda entera, descubriendo sus calles y plazas, revelando claramente su estructura, como si aun la estuviésemos viendo en un plano.

(Nota.—*Turin*, á vista de pájaro, es sumamente rojo, por estar cubierto de barnizadas tejas de este color, así como París es ceniciento oscuro, á causa de estar cubierto de pizarra.—Este rojo subido de los tejados de *Turin*, hace que las calles se dibujen con estricta precisión, al modo de largas cintas amarillentas, y da lugar á que el caserío contraste vivísimamente con el verde de los campos y con el azul del cielo.—Ahora bien, como la capital del Piamonte carece de grandes torres y cúpulas; como todas sus casas son igualmente altas, y todas las calles se cortan en ángulos rectos, resulta que, al verla desde el convento de *Capuchinos del Monte*, se comprende la cómica metáfora de un amigo mio muy querido, que comparó á *Turin* con media libra de chocolate.)

A la izquierda de la ciudad y por detrás de ella, serpentea otro gran río al través de amenísimas campiñas.—Es el *Dora*, cuyas aguas entran en el *Po* á las puertas mismas de *Turin*.

Mas allá se dilata una pintoresca llanura, cubierta de olivos, sembrada de quintas y de aldeas, y cruzada en todas direcciones por acequias y ca-

nales, hasta que la vista tropieza con una cordillera de montes oscuros, que á su vez se destaca en la línea semicircular de los nevados Alpes.

La esplendidez del día,—verdadero día italiano;—la magestad de la hora... (el sol empezaba á declinar); las variadas tintas del otoño; el sosiego del aire; la paz de nuestro espíritu..., todo contribuía á engrandecer y hermoear el espectáculo de la ciudad y de los campos, de los rios y de los montes, tendidos á nuestros pies, bajo la bóveda transparente de un placidísimo cielo...

A nuestros oidos llegaba el alto rumor del *Po*, ó mas bien, de una gran presa que interrumpia el solemne curso de sus aguas. A aquel rumor se mezclaban el ruido de los talleres, las voces de los hombres, los ecos de alguna campana, el crugido de los látigos, el rodar de los carruajes..., la respiracion, en fin, de la gran capital, que llegaba al término de un día más de trabajo, de lucha con la vida, de elaboracion histórica...—Estos carruajes y estos hombres, empequeñecidos por la distancia, iban y venian por plazas y calles, como indecisos é inquietos, al modo de un atribulado ejército de hormigas...—De los cuarteles, y acaso tambien de algun Campo de Instruccion que nosotros no descubríamos, salian á veces agudos toques de corneta, los cuales, unidos al sordo estruendo de uno que otro tiro disparado por cazadores ocultos en los sotos cercanos, traian á la mente vagas ideas de combates, sensaciones de gloria, ráfagas de muerte, inciertas profecías, que no acertaba á descifrar el alma, pero que la sumergian en dudosas é incoherentes meditaciones...

Jussuff creyó sin duda que nos dormíamos y me tocó en un brazo; volviéndome á una vida más real y limitada.

—Mira, me dijo el moro, mostrándome dos viejos capuchinos, de largas barbas y descoloridos hábitos, que se paseaban detrás de nosotros, á la puerta del convento.

Aquella era otra faz de la existencia humana; y el moro constituía una tercera. Pensé, pues en la vida contemplativa y descuidada del claustro y del desierto; en Jussuff, cuando aún no vestía levita, y en los frailes, cuando aún eran dueños de impedir que subiera la gente á turbar su soledad en aquel monte..., y suspiré por una libertad individual, por una paz y una quietud que ya son muy raras sobre la tierra... ¡Suspiré, sí, por lugares ignorados, por asilos inviolables, por destierros de la sociedad!.. Suspiré, finalmente, de amor á lo infinito, cuya posesion pierde el hombre á medida que se aleja de sí y corre por el mundo de las mortales idolatrías...

Sin duda estaba fatigado.—Era la reaccion consiguiente á las extensas consideraciones en que habia ejercitado mi espíritu, primero en las calles de *Turin*, analizando nimiedades, y despues, en la montaña, resumiendo la capital entera en una sola sensacion. Dichosamente, estas convulsiones del alma duran poco.

Cuando ya nos disponíamos á bajar, despues de haber visitado la iglesia y el convento, que nada notable encierran, reparamos en que los

frailes que habíamos dejado paseándose en el compás, se hallaban rodeados de hombres, mujeres y niños, que les mostraban sucesivamente la boca abierta, después de lo cual unos penetraban en el convento y otros se marchaban desconsolados.

Preguntamos á un rapaz la significación de aquello, y entonces supimos que de tiempo inmemorial los Capuchinos del Monte ejercen caritativamente el oficio de saca-muelas.

—¿Y las sacan bien? le pregunté.

—Admirablemente, me respondió el muchacho. A mí me acaban de sacar una.

—¿Y lo hacen de balde?

—Tan de balde, que hasta costean las pastas, los enjuagatorios y las demas medicinas.

—¡Pues no andarán muy medrados los dentistas de *Turin!*

—¡Tanto mejor para los pobres!

—Ya lo creo; así no están espuestos á perder otras muelas que las verdaderamente dañadas...

—¡Toma! repuso el chico.—Y si la medicina se ejerciera también caritativamente, habría muchos menos enfermos, y las enfermedades serían más cortas.

—Chico, ¿sabes que no eres tonto? exclamó Jussuf.

—Soy de Génova, señor, dijo el tunante, haciendo un raro mohín, que terminó en una reverencia.

Acercábase la noche.—Iriarte, Jussuf y 'yo emprendimos la bajada á la ciudad.

Cuando llegamos al hotel, resonaba el tercer toque de campana, llamando á los huéspedes á la mesa redonda, y las puertas de todos los cuartos se abrían dando paso á damas y caballeros de diversos países.—Estaba yo todavía tan preocupado con los capuchinos, que parecióme ver á una comunidad que salía de sus celdas y se dirigía al refectorio...

Pocos momentos después, el soberbio comedor de que hemos hablado contenía de ochenta á cien personas, sentadas á una misma mesa, á pesar de no haberse visto en toda su vida.—Allí había familias inglesas, suizas, alemanas, francesas, hasta rusas. Allí había unos jóvenes que hablaban español, pero que no eran *españoles*, sino *americanos*, lo cual me hacía muy mal efecto! Allí estaba la duquesa florentina que ví anoche. Y allí encontré... ¡oh rubor! tres caras conocidas,—dos de mujer y una de hombre,—las de mujer sumamente hermosas, y la de hombre un tanto burlona á costa nuestra...

¡Porque aquellas tres caras estaban vueltas hácia nosotros!... ¡Porque aquellas tres personas nos miraban!

¡Ay! ¡Eran las dos inglesas y el inglés que encontramos hace pocos días en el camino de *Martigni!*

La expresión de sus rostros nos decía claramente que habían leído en

el *Album de la Flechere* aquellas imprudentes palabras nuestras: *Nosotros seremos los últimos viajeros que pongan su nombre este año en el presente libro.*—¡Y ellos habrían escrito después el suyo! ¡Y ellos se habrían reído de nuestra necia baladronada!

—¿Cuándo han llegado al hotel aquellos jóvenes ingleses? preguntamos á uno de los criados que servían la mesa.

—Esta tarde, nos respondió.

—¿De dónde vienen?

—De Chamounix.

—¿Por qué camino?

—Por el San Bernardo.

—¿Por el San Bernardo!

—Sí señor; por el camino de Aosta.

No me quedaba más que oír.—¡Aquellas dos divinidades aristocráticas habían hecho lo que Iriarte y yo no nos habíamos atrevido á hacer ¡Y sin embargo, su tez parecía de hojas de rosa, sus manos blanqueaban como las azucenas, sus ojos irradiaban inocencia, reposo y alegría!—Era cosa de venerarlas..., á pesar de que nos gustaban muchísimo.

Al comprender que las reconocíamos, pusiéronse las dos muy coloradas,—para lo cual necesitan poco las señoritas y hasta las matronas de los tres reinos unidos.

Nosotros devoramos en silencio nuestra humillacion y todos los *grissini* que había al alcance de nuestra mano.

(Dejo á vuestro cuidado el averiguar qué cosa se entiende por *grissini*).

Después de comer, todas las señoras volvieron á sus habitaciones, en tanto que los hombres nos reuníamos en otra pieza á fumar y tomar café.

El joven inglés,—el hermano de sus hermanas,—se dignó entonces también ruborizarse... y sonreírnos.

Nosotros empezamos á comprender que su reserva no procedía de orgullo, sino de timidez natural, y de aquella refinada etiqueta que forma la base de la educacion de los insulares.

—Ese inglés quiere hablarnos, me dijo Mr. Iriarte. Lo estoy viendo luchar con su temperamento; pero al cabo su curiosidad vencerá. Dejémosle, pues, tomar la iniciativa. Probablemente pasará toda esta noche sin dormir, pensando en las cosas que hubiese podido decirnos, si se hubiera atrevido, y en la manera de abordarnos mañana. Antes de tres días seremos amigos de nuestras aparecidas de la *Tête Noire*.—Hoy somos ya toda una aventura en el viaje de esos tres jóvenes: mañana podremos ser una novela.

En esto el joven inglés acabó de fumar, y se marchó.

En cambio de esto vino á buscarnos Jussuf, ganoso de hacernos conocer su teatro.

Nosotros aríamos también en deseos de ir á él.—Segun ya habíamos

pensado esta mañana, oír la *Norma* en Italia era el colmo de nuestras ilusiones.—Equivalía á comer ostras en Ostende, á ir á los toros en Sevilla, á ver un serrallo en Asia, á tomar leche en Suiza, á verse vigilado en Venecia, á presenciar un asesinato en Roma, á beber cerveza en Lóndres, á hablar de filosofía en Viena...

Tomamos, pues, el camino del *Teatro Nazionale*.

El tal teatro hállase situado á un extremo de la ciudad, cerca del *Giardino Pubblico*, que es como si en Madrid dijéramos: en el Buen Retiro; ó en Chamberí; ó donde Cristo dió las tres voces...

Pero las verdaderas sorpresas principiaron en el Despacho de billetes.

Nosotros pedíamos butacas, lunetas (*stalles*, *fauteuils*), ó cosa por el estilo, y á todo ello nos contestaban alargándonos tres llaves.

—No es un palco, ni mucho menos tres, lo que queremos, insistíamos nosotros. Queremos butacas, lunetas, *fauteuils d'orchestre*...

—Pues bien, eso les doy, respondía el espendedor, que hablaba indistintamente francés é italiano. Aquí se llaman *sedie chiuse* (sillas cerradas). Con estas llaves las abrirán ustedes.

—Pero, señor, ¿cómo se abre una silla?

—Ya se lo dirá el acomodador.

—¿Y son estas las mejores localidades de la platea?

—Sí señor: son las mas caras: són lo que se llama en Francia *sillon de orquesta*.

—¿Y cuánto valen?

—Cuatro mutas (*mute*) cada una, comprendida la entrada.

La *muta* es una moneda especial del Piamonte, que ni es de cobre, ni de plata, sino una mezcla de plata y cobre, como la que antiguamente se llamaba *vellon* en España.—Cada *lira*, ó sea cada franco, equivale á cinco mutas.—Nos habian, pues, pedido unos tres reales por cada *sillon* de orquesta.

—¡Barata anda la música en este país! exclamé yo.

—Es natural, me contestó Iriarte. ¿No ves que aquí se cria?

—Por esa misma razon debe de ser mejor que en ninguna otra parte.

—Lo que ya no admite duda es que los cantantes italianos no son pagados en su tierra como en la extranjera.

—*Nemo propheta est...*

Provistos de esta fé y de las susodichas llaves, entramos en el teatro.

La sala era espaciosa, si bien demasiado alta para su longitud y anchura. El decorado me pareció sumamente pobre, y el público... de última calidad. Los ciento diez y seis palcos en que se dividía el anfiteatro estaban llenos de hombres, mujeres y niños. Los niños lloraban ó gritaban... segun su edad. Las mujeres comían castañas. Los hombres conservaban el sombrero puesto.—Esto en cuanto á los palcos.—En la platea habia cuatro ó cinco filas de *sedie chiuse*, y otras diez ó doce de asientos de madera lisa,—que dando sin localidades una tercera parte del p-

lio. donde se agrupaban de pié los que sólo habían comprado entrada...— En cuanto á la *sedia chiusa*, se llama así porque su asiento (que se levanta y se baja, como el de las sillas de coro de algunas catedrales) está sujeto al espaldar con una cerradura de hierro, á fin de que únicamente pueda ocuparlo el poseedor de la llave...

(Segun nos dijeron nuestros vecinos, estos usos y costumbres son iguales en casi todos los teatros de Italia).

Yo empezaba á perder mis ilusiones...

—¡Con tal que canten bien!... exclamaba á cada momento.

Ya estaban encendidas las luces de la orquesta, consistentes en unos enormes quinqués de aceite, que mucho me engaño ó debieron de conocer á Guido el Aretino.—Del techo del salon pendia una araña de gas.

El telon de boca, que era una alegoría del *Estatuto Sardo*, empezaba á menearse...

El público rugía de entusiasmo y de impaciencia al oír templar los instrumentos.

Jussuf se multiplicaba para atender á las innumerables víctimas que esperaban una mirada de sus africanos ojos.

Los primeros acordes de la sinfonía restablecieron al fin la calma en el público, ahuyentándola de mi corazón...

¡Dios de Israel! ¡Qué orquesta! ¡Qué algarabía! ¡Qué trompetazos! ¡Qué violines, sonando como rabeles! ¡Qué furia marcial la del *signor direttore*!—¡Ah! ¡perro moro! ¿Para qué nos has traído aquí?—Ah, querido Iriarte!... ¿Quién diría que estamos en Italia?—¡Oh, divina Euterpe! ¡Cómo toleras semejantes abominaciones!

En esto se corrió el telon y apareció la sagrada selva.

El público siguió con el sombrero puesto.

Esto me consoló en cierto modo.

Cuatro galos y un cabo, y ocho druidas seguidos de *Oroveso*, ocuparon la escena.

Uno de los druidas salía temblando como un azogado, á fin de significar que era viejo.—Media arroba de lino le servía de barba.

En cambio habia otro con bigote y perilla.

A *Oroveso* le llegaba la barba á las caderas... , y no exagero ni una pulgada.

Toda esta tropa rompió á cantar sin pararse en barras, levantando los brazos con una simultaneidad y un concierto que desgraciadamente no empleaban al levantar la voz.

Luego salió *Pollione*, formidable sugeto de dos varas y media de estatura, el cual empezó á gritar desaforadamente. A los pocos momentos desafina; luego da un espantoso gallo...—El público aplaude... ¡tal vez irónicamente!...—El artista saluda con la mayor seriedad,—y toda su aria transcurre de este modo.

En seguida sale *Norma*, no trágica, sino patibularia figura, de recios y descarnados huesos, macilenta fisonómica y amanerado trage.—La

Costa Diva es cantada de tal manera, que ni su autor la hubiera reconocido.—Al final del aria aparece un criado en la escena, llevando un gran ramo de flores, que entrega á la *prima donna* delante de todo el mundo y de parte de no sé quién.—El público aplaude á más y mejor, no sé si de veras ó de broma.—Jussuf nos mira con aire de triunfo, como diciéndonos:—; *Ya veis á dónde os he traído: todo esto me lo debeis á mí!*

Yo no puedo más, y abandono el teatro.—Iriarte se queda allí, haciendo sin duda estudios caricaturescos.

Al poner el pié en la calle, renegando, no de mis ilusiones músico-italianas (pues aquello no era el arte, ni aquel el público, y ya me habian dicho que hasta el 25 de diciembre no empezaba en Turin la temporada lírica), sino de mi triste error de haber empezado por semejante profanación el catálogo de las impresiones musicales que debía producirme Italia; al salir á la calle, digo, quiso mi buena suerte que tropezase con una veintena de soldados y otros tantos pescadores del Po, que vagaban del brazo por el *Giardino Pubblico*, cantando á la luz de la luna (tan escarnecida por su sacerdotisa poco antes) el famoso *Miserere* del *Trovatore...*; pero con voces tan hermosas, con tal afinación y gusto, que me dí por indemizado del mal rato que acababa de pasar.

Del *Giardino Pubblico* me dirigí á la *Piazza Castello*; dando un gran rodeo por la orilla del rio, y con ánimo de venirme á casa á escribir estos apuntes.

Pero al llegar á los pórticos que hay delante de nuestro hotel, me encontré de manos á boca con Iriarte.

—¿De dónde vienes? le pregunté.

—Del hotel; de buscarte.

—¿Pues no te divertias tanto en el teatro?

—¡Oh! no he podido resistir á *Adalgisa...*— Norma es una sublimidad al lado de ella.

—¿Y Jussuf?

—Allá queda aplaudiendo. Creo que tiene intereses comprometidos en el cuerpo de coros.

—¿Y dónde vamos? Son las nueve de la noche.

—Podemos ir á otro teatro, que hay aquí cerca, y en el que he oido música al tiempo de pasar. A la puerta he visto muchos coches, y la orquesta no parece mala...

—Ese será el *Teatro Carignan*; pues, si no me equivoco, la plaza de este nombre se encuentra por aquí. En ese teatro, construido bajo la dirección de Alfieri, se representaron por la primera vez las tragedias de este inmortal poeta. Es el segundo coliseo de Turin..., segun dice la *Guia...*

—Pues mira: aquí lo tenemos.

—Entonces... ¡adelante!

El *Teatro Carignan* es muy lindo; pero tambien en él hay una parte de

sala sin asientos; tambien en él asiste el público á la representacion con la cabeza cubierta; tambien en él hay *sedie chiuse*..., por cierto bastante incómodas.

En cambio, los palcos de *primo* y *secondo ordine* estaban esta noche ocupados por la mejor sociedad de *Turin*; ó sea por la parte de ella que no se halla en el campo.

Dábase un baile titulado *La Esmeralda*, cuyo argumento está sacado de *Notre Dame de Paris*.

La señorita Salvioni, la heroína de la fiesta, es una bailarina muy hermosa, aunque demasiado alta para sílfide, y excesivamente propensa á la traspiracion... — Por lo demás, baila bien, y era aplaudida con locura.

Pero no ha sido seguramente el espectáculo lo que más acaba de llamarnos la atencion en el teatro *Carignan*; sino un célebre personaje que formamaba parte del público.

Este personaje se encontraba solo en el palco-platea de proscenio de la derecha, sentado de espaldas á los espectadores, que solo veian de él á veces los muchos periódicos que iba leyendo y depositando en otro sillón.

Era el Conde de Cavour.

Siempre que la Salvioni aparecia en escena, el presidente del Consejo de Ministros dejaba los periódicos; avanzaba al antepecho del palco, y fijaba sus gemelos en la voluptuosa *Esmeralda*.

En torno nuestro decia la gente que el noble Conde se parece por e baile y las bailarinas.

Cavour es hombre de unos cincuenta años, grueso, de pequeña estatura, elevada frente y vivísimos ojos, que relucen al través de las gafas; descuidado, aunque decoroso, en el traje; con más aire de sabio, de bibliómano ó de arqueólogo, que de diplomático ó de guerrero; sencillo, en fin, y llano en su aspecto y actitudes.

Yo le comuniqué estas observaciones al individuo del público que me habia dicho: — *Aquel es Cavour*...

—Pues si conociera usted su vida, contestó mi vecino, veria usted que corresponde perfectamente á su figura. Cavour se levanta á las cuatro de la mañana y estudia hasta las seis. A esa hora empieza á despachar los dos ó tres ministerios que tiene siempre á su cargo. A las diez puede usted verlo dando un paseo á pié por las calles de *Turin*. A las once viene al café del *Cambio* (que se halla al lado de este teatro), donde almuerza confundido con la multitud. Despues va á palacio ó al Consejo de Ministros. En seguida al Parlamento. Luego come espléndidamente. A la noche recibe á los diplomáticos ó da audiencia pública. A las diez viene un rato á ver bailar, á leer los periódicos extranjeros, á hablar desde su palco con las bailarinas y á aplaudirlas con el furor que usted ve. Desde aqui se va á hacer alguna visita particular, y á las doce se mete en la cama. Esto quiere decir que solo duer me cuatro horas

Yo sabia por mi parte que el Conde *Camillo Benso di Cavour* es uno de los hombres más ricos de Italia, y que su familia pertenece á la primera nobleza del Piamonte.

El pueblo turinés, que lo conoce, quiere y respeta mucho (á pesar de Garibaldi), le llama generalmente:—*Papá Camillo*.

Concluyo por hoy diciéndoos que la duquesa florentina y las heróicas inglesas estaban en el teatro.

III.

IGLESIAS DE TURIN.—PALACIO DEL TASSO.—GALERIA REAL DE CUADROS.—ESTABLECIMIENTOS PÚBLICOS.—ISABEL Y JUANA.—LA FOTOGRAFIA.—UN ALMUERZO CON ESPAÑOLES.—EL MUSEO EGIPCIO.—LA SUPERGA.—EL CEMENTERIO.—JUICIO DEL PIAMONTE.

Turin 50 de octubre.

Han trascurrido ocho dias.

Dentro de dos horas habré abandonado á *Turin*.

Me dirijo á *Milan*, pasando por *Marengo* y *Pavia*.—(Directamente, emplearia cuatro horas. Así emplearé treinta. Pero *Marengo* y *Pavia* bien se merecen este rodeo.)

Mi amigo Iriarte se habrá embarcado en Génova con direccion á Nápoles.

Va en busca de la guerra.

Yo he preferido por ahora la paz y el arte, y no pisaré el suelo napolitano sin haber visitado antes á Venecia, Florencia y Roma.

Jussuf seguirá en *Turin* esperando á Caballero.

En adelante, pues, viajaré solo,—lo cual debe de ser poco alegre.

Pero vamos al asunto; quiero decir, á lo pasado.

Durante esta última semana he recorrido y estudiado prolijamente á *Turin*.

Hé aquí mis principales observaciones y aventuras:

Empezaremos por las Iglesias.

La capital del Piamonte encierra ciento nueve templos católicos y uno protestante, y, entre todos ellos, no hay ninguno de primer orden.

La *Catedral* (San Juan Bautista) tiene una regular fachada del Renacimiento, y un cuadro de Alberto Durero digno de atencion.—El edificio comunica por un lado con el Palacio Real, y por otro con la famosa Capilla del *Santo Sudario*.

La Capilla del *Santo Sudario* es indudablemente la obra más notable que se debe á la devocion piemontesa.—Figuraos una gran rotonda de mármol negro, formada por una multitud de columnas, cuyas bases, así

como los capiteles, son de bronce dorado. Cuatro sepulcros de mármol blanco, adornados con estatuas y con figuras alegóricas, se destacan valientemente sobre el fondo oscuro de tan lúgubre columnata. Aquellos sepulcros contienen las cenizas de cuatro Duques de Saboya, uno de los cuales es *Emmanuel Filiberto*, de quien ya hemos hablado al ver su Estatua ecuestre.—La cúpula consiste en una superposición de muchas bóvedas, caladas artificiosamente, en medio de las cuales la luz del día finge una gran corona aérea, una especie de estrella rutilante, cuyo fulgor esclarece la fúnebre capilla, yendo á desvanecerse en el pavimento, que es de mármol celeste, salpicado de estrellas de bronce.—Diríase, pues, que aquel luctuoso recinto se eleva sobre el cielo y que la cúpula trasluce ya un reflejo de la Gloria.

En el Altar hay un gran relicario de plata, bajo un fanal magnífico.—En él se guarda el *Santo Sudario* que envolvió el cuerpo de Jesús.—El sacristan que nos acompañaba sostuvo acaloradamente (contestando á las observaciones de un inglés), que los otros *Santos Sudarios* que se veneran en San Pedro de Roma, en Besanzon y en Cadouin son apócrifos y supuestos, y que el único auténtico y verdadero era el que teníamos de lante.

Despues de la Catedral y de esta Capilla, las Iglesias más notables son:

San Lorenzo, celebrada con justicia por su doble cúpula ingeniosísimamente edificada:

La Consolata, famosa tambien por la devocion que inspira y muchos peregrinos que atrae una Virgen que hay en ella:

San Felipe Neri, la mas espaciosa de Turin, construida, como todas las anteriores, por el padre Guarini:

El *Corpus Domini*, y su aneja el *Espiritu Santo*, insignes las dos por la riqueza de sus adornos, y muy renombrada la última á causa de haber abrazado en ella el catolicismo Juan Jacobo Rousseau, á la edad de diez y seis años,—conversion que anuló en Ginebra veinte y seis años despues, volviéndose al protestantismo:

Y por último, *Il Tempio Valdese ó Iglesia Evangélica*, que es como quien dice *protestante*, erigida á consecuencia de la proclamacion de la libertad de cultos en 1848, y bastante bella como obra de arquitectura.

Pasemos, pues, á otra cosa; pero antes de pasar á ella, consignemos una especialidad negativa de Turin.

Turin, mis amados lectores, es acaso la única gran ciudad de Europa en que no se ve ni una sola fuente monumental.

La *otra cosa* de que iba á hablaros es del *Palacio del Tasso*, que se levanta en la calle de la Basílica, y en el que leí la siguiente inscripcion:

TORQUATO TASSO

NEL CADERE DELL'ANNO MDLXXVIII

ABITÓ QUESTA CASA PER POCHI MESSI E IA

CONSACRO PER TUTTI I SECOLI.

(Torcuato Tasso, á fines del año de 1578, habitó esta casa pocos meses y la consagró para todos los siglos.)

Esta inscripcion se refiere á una de las muy contadas épocas felices de la vida del gran poeta.—Os diré el caso, tal como lo sé.

Reinaba en *Turin* el célebre Emmanuel Filiberto, de quien tantas veces hemos hablado, é iban pasados tres años desde que la *Jerusalen libertada* (á pesar de la envidia y de la ignorancia, que tan mal la recibieron) había demostrado á la Italia que Torcuato Tasso era el primer poeta de su siglo.

Cuantos príncipes y señores gobernaban á la sazón la península (que lo ménos serian ciento), procuraban atraer á su córte al creador de *Tancredo* y de *Reinaldo*; pero el pobre cantor se había enamorado perdidamente de Leonora, hermana del Duque de Ferrara, y no sabia alejarse de ella, á pesar de los tormentos que su esquivéz y el orgullo de su hermano le daban á probar continuamente.

Perdió en esto la razón el infeliz Tocuato, y con ella la esperanza de ablandar aquellos corazones de roca; por lo cual huyó de la ciudad de Ferrara, y empezó á vagar de córte en córte; honrado, sí, en todas ellas, pero indiferente ya á todo halago, enfermo, loco, miserable, y sin poder apartar de su alma la imágen de Leonora.

Sabedor Emmanuel Filiberto de tanta desventura, creyó encontrar la manera de remediarla, proporcionando al gran poeta un triunfo y un honor de que no hubiera ejemplo en la antigüedad.—Imaginó, pues, construir á las orillas del Po una copia de los *Jardines de Armida*, y dar en ellos una fiesta semejante á las que describe Torcuato en su inmortal poema, y envió emisarios á éste, invitándole á dirigir la obra y la representación,—pretexto decoroso que le permitiría asistir á la apoteosis de su genio.

El Tasso acudió á tan delicado llamamiento (y esta fué la ocasión en que habitó el Palacio de la calle de la Basilica). Las *Fiestas de Armida* llegaron á tal grado de esplendor, que se habló de ellas en toda Europa. El infortunado vate descansó algunos meses en la culta y galante córte de *Turin*, y sus dolores se adormecieron en medio de los agasajos, de las atenciones, del amor y del entusiasmo que lo rodearon á todas horas.

Lo que despues sucedió al Cantor de *Godofredo*, ya se lo contaré á quien lo ignore, cuando pasemos por Ferrara y cuando visitemos el convento de San Onofre en Roma...—Ahora os contentareis con saber que hace pocos años un inspirado artista y célebre hombre político, Massimo d'Azeglio, pintó un magnífico cuadro que representa las *Fiestas del jar-*

din de Armida, tal como la historia las relata, con los retratos de todos los personajes de la corte de Emmanuel Filiberto que tomaron parte en ellas, el del duque, el de su esposa y el del poeta laureado.

Tambien he visitado estos dias el *Palacio Carignan*, antigua morada de los Príncipes Reales del Piamonte, cedido por Carlos Alberto á la nacion para ser convertido en *Cámara de Diputados*.

El Salon de Sesiones podria contener apénas cómodamente á los representantes del que era *Reino de Cerdeña* ántes de las anexiones famosas; y, sin embargo, *se le ha obligado* á servir últimamente para cuádruple número de diputados.—Esto no ha podido verificarse sin estrechar los asientos hasta lo sumo, sin levantar una fila sobre otra en violento declive, sin aprovechar los huecos de los balcones y hasta las escaleras que ponen en comunicacion las filas altas con las bajas, sin convertir finalmente la cámara en una especie de colmena asaz ridicula.

(Creo haberos ya dicho que para la reunion del primer Parlamento italiano, en que tomarán parte todos los pueblos de la península, ménos Venecia y Roma, se construye en el patio del mismo palacio una gran Cámara Provisional, ó sea una enorme jaula de madera y telones pintados,—asi como los acróbatas y los cómicos ambulantes improvisan un teatro ó un hipódromo en las pequeñas ciudades de provincia que carecen de ellos).

Item: He vuelto al Palacio Real, donde he registrado la magnífica *Biblioteca del Rey*, compuesta de dos mil manuscritos preciosos y de más de cincuenta mil volúmenes impresos.

Entre los manuscritos me han enseñado uno, que se ha encontrado últimamente en un viejísimo archivo, y que me alegraria ver algun dia publicado en español.—Es nada menos que el *Diario militar* de Emmanuel Filiberto de Saboya.

Consérvanse además allí muchas cartas de este príncipe, algunos autógrafos de Napoleon y de Federico el Grande, y una infinidad de cartones y dibujos de Rafael, Leonardo de Vinci, Correggio, Ticiano y otros célebres artistas.

Y á propósito de arte:—En el *Palais Madame* he recorrido las diez y ocho salas que constituyen la *Galeria Real de Cuadros*, la cual consta de seiscientos lienzos, más ó menos notables, de pintores de todos los paises.

En tan numerosa coleccion, no hay ninguna obra verdaderamente maestra, de esas que atraen á los peregrinos del arte y dejan una impresion indeleble en su ánimo.

Llaman, sin embargo, la atencion una *Madonna della Tenda*, de Rafael, igual á otra que tenemos en Madrid;—un *Moisés salvado de las aguas*, de Pablo el Veronés;—los *Hijos de Carlos I de Inglaterra*, pintados por Van Dyck;—un buen Rembrant;—una *Madonna* de Palma el Viejo, rodeada de ángeles y santos, y algunos otros cuadros insignificantes, ilustres solamente por la grandeza de sus autores.

Ticiano, Guercino, Francia, Giorgione, Gerard de la Nuit, Rubens y Julio Romano están representados en este museo de una manera lamentable, lo cual me confirma en una idea de que ya estaba convencido, y es que los piemonteses no unen á sus grandes cualidades cívicas, militares y domésticas el noble sentimiento de lo bello.

Esto que digo es proverbial en Italia y en Europa. El Piemonte no ha producido un solo grande artista ni en pintura, ni en escultura, ni en arquitectura, ni en música.—Gaudencio Ferrari y Girolamo Giovenone, de quien ví algunos cuadros en la sala piemontesa de la *Galeria Real de Cuadros*, son sus pintores eminentes, y sin embargo, no pasan el nivel de la medianía.

En punto á Letras, el Piemonte puede al ménos envanecerse de haber sido cuna de Alfieri y de Silvio Pellico.—(El conde José le Maistré es saboyano).—Gioberti, como filósofo, y Massimo d'Azeglio, como pintor y novelista, honran tambien á Turin.—*Et voilà tout.*

En compensacion de una tan completa esterilidad artística y limitada produccion literaria, el Piemonte ha sido y es fecundo en hombres de mucha ciencia, entre los cuales descuella el famoso matemático Lagrange.

El *Gabinete de mineralogia*, la *Coleccion numismática*, la *Coleccion zoológica* y el *Museo egipcio y de antigüedades* de Turin, son de los mejores de Europa.—La *Biblioteca de la Universidad* es tambien importantísima. Baste decir que empezó á formarse en el siglo X.—La universidad comprende sesenta y cinco cátedras y tiene un magnífico Gabinete Anatómico y Patológico, Laboratorios y Anfiteatro de química, Gabinete de física, Jardin Botánico y un patio revestido de bajo-relieves preciosísimos, inscripciones griegas y latinas y otras curiosas Antigüedades.

Además de la *Galeria Real de cuadros*, hay en Turin otras cinco ó seis galerías particulares, cuyos dueños las abren al público algunos días.

Yo recorrí algunas de ellas, y las encontré tan insignificantes como el Museo del *Palazzo Madama*.

Los establecimientos de Beneficencia de esta capital son sumamente notables.—En el *Hospital Mayor* hay cuatrocientas diez y ocho camas. En el de la *Caridad* se albergan hoy mil y quinientos pobres. El de la *Maternidad* contiene seiscientas mujeres y otros tantos niños.—Cuéntanse además dos *Hospitales Militares* y el *Manicomio Real*, en que habrá ahora mas de seiscientos dementes...—y no son muchos, atendidas las circunstancias políticas del país.

Asimismo he visto el *Arsenal*, que es soberbio, y donde se halla un Museo de armas, con puentes, barcos y herramientas; una Escuela de Metalurgia; un Depósito de planos en relieve de las principales fortificaciones de Europa; una Fábrica de cañones; un Gabinete de Historia Natural, y una Escuela de Artillería.

En cuanto á la *Academia real militar*, no he podido verla; pero me aseguran que es de primer orden.

Turin encierra doce Teatros, de los que casi todos están cerrados todavía.—En ellos se dan durante el invierno representaciones de ópera italiana, de bailes franceses, de comedias, dramas y tragedias en francés y en italiano, de autómatas, de ejercicios ecuestres y de juegos malabares.

Pero esto no es lo convenido: yo no escribo la *Guia de Turin*, sino mis propias impresiones.—Apresuremos, pues, á referir y copiar aquellas escenas y panoramas que más nos hayan sorprendido en esta capital, y levantemos el campo sin pérdida de tiempo.—El tren para Alejandría sale á las diez de la mañana, y ya son las ocho y media...

Empezaré por deciros que los tres hermanos ingleses se humanizaron al fin; que he tomado el té con ellos estas últimas noches; que me he visto obligado á hacerles un plan de *viaje por España*, y que me han confesado que se rieron mucho á nuestra costa cuando vieron el *Album de la Flechere*, donde se contentaron con escribir, debajo de nuestra frase y de nuestros nombres, esta elocuente y tremebunda nota:

«*Isabel y Juana W..., menores de edad, naturales de Lóndres, leyeron las anteriores palabras á los dos dias de ser escritas.*»

—¡Horror! ¡Horror! ¡Horror!... digo yo, como dice Shakspeare.

En cambio de esta mortificacion, las encantadoras inglesas nos han proporcionado muy buenos ratos, ora luciendo su habilidad al piano, ora cantando baladas escocesas, ora mostrándonos sus albums de dibujo, ora (y está era lo mas delicioso) dejándonos contemplar estáticamente su peregrina hermosura, escuchar su dulce voz, recibir su modesta y tentadora sonrisa, respirar la atmósfera de gracia, de distincion y de pureza que las rodeaba, y por último, acompañarlas á la Estacion del ferrocarril de Génova, y despedirnos allí de ellas y de su honorable hermano como buenos amigos, despues de cambiar las señas de nuestra habitual morada, y de haber escrito ellos tres sus nombres en nuestras carteras, y nosotros los nuestros en las suyas...

¡Porque el caso es que se han ido!... ¡Ah! ¡Quién sabe si Mr. Iriarte me habrá abandonado por seguir las!

Yo de mí sé decir que he estado á pique de enamorarme...

Pero ¿de cuál de las dos?

Esto es lo que no sé.—Mi corazon no podia comprender á la una sin la otra.—Eran dos figuras diferentes, que se completaban al reunirse.—Separarlas hubiera equivalido á deshacer un armonioso grupo de escultura.

Isabel era más alta y más fuerte. Tenia los ojos y los cabellos negros, la tez mate, los dientes como perlas, y el talle noble y gentil como el de Juno.—Juana era rubia, de ojos azules, blanca y delgada, alegre y chispeante.—Sin Juana no hubiera sonreido nunca Isabel.—Isabel prestaba en cambio su serenidad melancólica á la impresionable Juana.—Eran, en fin, dos flores de un mismo tallo.—La una era la gracia y la otra la her-

mosura; pero esta hermosura y esta gracia se influian recíprocamente, combinándose en un solo atributo, que constituia el principal encanto de ambas.—Así es que lo que más me agradaba en ellas, lo que más me seducía, era oírlas hablar entre sí, verlas abrazadas, mirarlas mirarse, considerar cuánto se querian, en qué se diferenciaban, cómo se equilibraban sus diversos atractivos, y hasta qué punto hubiera sido imposible á un hombre prendarse solamente de una de ellas.

Creo, pues, que me hubiera enamorado de las dos.—Los gemelos de Siam eran dos almas en un solo cuerpo.—Juana é Isabel eran dos cuerpos con una sola alma!—¡No amarlas juntas hubiera sido amarlas á medias!...—(Regalo este asunto á cualquier novelista, suplicándole que me dedique la novela).

Ni han sido estos los únicos ratos de *buena sociedad* que he disfrutado en la capital del Piamonte; pues he tenido la dicha de encontrar en ella, de ministro plenipotenciario de España, al distinguido publicista señor don Diego Coello, con cuya amistad me honro hace algunos años.

Siempre es grato al que viaja por el extranjero, penetrar en la Casa cobijada por la bandera de su país, y á cuya puerta se ven las Armas que simbolizan su nacionalidad. ¡Dentro de aquellos umbrales está la patria! ¡Allí cree uno respirar el aire amigo que meció su cuna! A pocos pasos que dé, resonará en sus oídos la lengua natal; encontrará afables compatriotas; recibirá noticias de la materna tierra... Pero esta impresion es mucho más dulce cuando se encuentran, como yo encontré en *Turin*, la patria y la amistad reunidas bajo un mismo techo, la acogida mas cariñosa, las atenciones mas delicadas y hasta un reflejo de los perdidos goces de familia.

Así es que yo recordaré siempre con placer las noches que he pasado en casa del señor Coello, oyendo á su amable cuanto bella y elegante esposa recordar, al piano, las melodías populares de España; departiendo amigablemente sobre nuestro país con los ilustrados jóvenes agregados á la legacion; trabando una amistad, que promete ser cordial y larga, con el secretario señor Duro, que tanto me ha acompañado y atendido; jugando al tresillo con el famoso ingeniero y diputado español señor Ardanaz y con mi delicioso amigo el nunca bien ponderado duque de la Roca, antiguo conde de Requena, ó viendo más de mil retratos fotográficos de otras tantas personas de Madrid, casi todas amigas ó conocidas mías;—beldades afamadas, hombres políticos, periodistas, militares, poetas, músicos y danzantes...

¡Oh, la fotografía es á la vista lo que el telégrafo eléctrico al oído!...

Pero regalo este asunto á cualquier poeta.—Por mi parte... son las nueve menos diez minutos, y no puedo detenerme en divagaciones...

Vuelvo, pues, á los hechos consumados.

El señor Coello trasladó una mañana toda su tertulia á *Stupiniggi*, donde nos dió un magnífico almuerzo.

Stupiniggi es una Residencia Real de caza, situada á dos leguas de *Turin*.

El Intendente de Palacio la habia puesto aquel dia á disposicion de nuestro Ministro.

El castillo, que se alza en medio de unos extensos jardines y dilatados bosques, ostenta sobre su techo un enorme ciervo de bronce dorado, como símbolo venatorio.

Nosotros nos instalamos en una linda glorieta, cerca de un lago artificial, á la sombra de espesísimos árboles, desde donde se gozaba una admirable vista de todos los jardines y de las interminables alamedas que arrancan del castillo.

La hermosura de aquel lugar, en que la naturaleza y el arte han acumulado singulares encantos; la esplendidez y serenidad de un apacible dia de otoño; la alegría de los comensales; el idioma español, único que se habló desde por la mañana hasta la noche; la vaga melancolía que nuestra condicion de extranjeros no podia menos de infundirnos, y la dulce tristeza que á mí no podia menos de inspirarme aquel dia de efusión y cordialidad, despues de tantos otros de soledad y meditacion, precisamente en vísperas de volver á empuñar el báculo de peregrino, sin la compañía ya de mi amigo Iriarte; todo esto, digo, producía en mi alma una sorda inquietud, un suave placer, unos táticos movimientos de ternura, una confusion, en fin, de encontradas emociones, que nunca olvidaré...—ni lo deseo.

Al otro dia, que fue el de ayer, cambió la decoracion completamente.—Tres escursiones hice, y las tres me pusieron en inmediato contacto con los muertos.

Fué la primera al *Museo egipcio*, que, como ya indiqué más atrás, es de primer orden.—Algunos afirman que no tiene rival en Europa.

En él ví los despojos de un pueblo, de una civilizacion, de una edad del mundo.—Desde las estátuas de los dioses que se veneraban antes del nacimiento de Moisés, hasta las de los reyes que edificaron las Pirámides; desde las esfinges y los animales inmundos que se adoraban en el valle del Nilo, hasta las momias de los mismos que los adoraban; desde las armas del guerrero hasta las telas preciosas y las alhajas que adornaron á las reinas; desde los manuscritos en *papyrus* y los jeroglíficos en piedra que han revelado la historia de tan remotos tiempos, hasta los instrumentos de agricultura, el ajuar doméstico, los vasos llenos de pinturas y los emblemas mitológicos que han descubierto el misterio íntimo de aquella vida y de aquellas costumbres...; todo, todo lo encontré en tan magnífico Museo; todo acreditaba allí las más peregrinas aseveraciones de la historia; todo hablaba un severo lenguaje que llenó mi espíritu de fria tristeza.

Porque esta es la verdad. Cuando los testimonios del tiempo pasado se refieren solamente á tres, á doce, hasta á veinte siglos, producen en el

alma poéticas vibraciones; pero cuando se extienden mas allá de la historia de nuestra raza; cuando nos hablan de civilizaciones anteriores á la nuestra; cuando nos revelan otro mundo completamente extraño á nuestra genealogia histórica, lo que despiertan en el espíritu es una glacial filosofía, una ráfaga de muerte, que aniquila y barre todas las imágenes que son vida de la vida y sustancia de la imaginacion.—Un sepulcro de la Edad Media, por ejemplo, se contempla por todo latino con amor, con devocion, con reverente melancolía... Diríase que á él nos une un sentimiento filial y religioso... Pero las ruinas de Palmira, una sepultura pelasga, un jeroglífico de Tébas, nos inspiran graves y áridos pensamientos y una indiferencia estóica muy semejante á la misantropía.

Estas eran al menos mis ideas al contemplar las momias del *Museo egipcio*.—¡Tenia ante mi vista una infinidad de cadáveres, cuya carne, cuyos ojos, cuyos cabellos, cuyos dientes, cuyas facciones todas se conservan de tal modo, que si volviesen á la vida tal y como se hallan, de seguro se reconocerian los hijos y los padres, los amigos y los enemigos, los amantes y las amadas, los deudores y los acreedores, los vasallos y los reyes!—¡Y, sin embargo, hace cuatro mil años que aquellos cuerpos se despidieron de sus almas! ¡Hace cuarenta siglos que yacen en aquella postura, que duermen con aquel gesto, que están liados con aquellas fajas de engomada tela!

Ruego encarecidamente á mis albaceas testamentarios (que nombra- ré con el tiempo), que no me embalsamen de manera alguna, ni me sepulten en ataud incorruptible, ni tan siquiera me entierren en un nicho de los que se estilan hoy.—Volvedme á la tierra cuando la tierra me llame.—No me legueis á la sacrílega curiosidad de futuras generaciones. ¡Que no me vea yo... esto es, que no me vean á mí las gentes con el poco amor, con el ningun miedo, con la falta de respeto y hasta de asco con que miro yo ahora á estos infortunados egipcios!—¡Infortunados, sí!—¡Hace cuatro mil años que se les niega la madre tierra!—¡Qué destierro podrá compararse con el suyo?

Desde el *Museo* me fui á la *Superga*.

La *Superga* (de la que no sé como no os he hablado ya muchas veces) es la mas alta cumbre de la serie de colinas que llevan el nombre de *Montes de Turin* y de que forma parte el *Monte de los Capuchinos* que ya conocemos.

Sobre aquella eminente cumbre levántase un hermoso Templo, que se divisa á muchas leguas de distancia por cualquier parte que se acerque el viajero á la capital del Piamonte.

En aquel Templo duermen el sueño de la muerte los Reyes de Cerdeña.—Es, como si dijéramos, el Escorial de la dinastía de Saboya.

De Turin á la *Superga* hay dos leguas escasas, pero muy penosas, en razon á que se componen de ásperas cuestas y complicados rodeos. Para llegar en carruaje á la misma puerta de la Iglesia, hay precision de en-

ganchar cuatro caballos, y aun así se va muy lentamente y con gran peligro de rodar cejando hasta estrellarse.—La costumbre inglesa es hacer la escursión en asnos.—Yo hice la mitad en coche y la otra mitad á pie.

Sólo la vista que se disfruta desde lo alto de este monte, que se eleva mil cuatrocientos pies sobre *Turin*, vale la pena de la subida.—Por desgracia, el día no era muy trasparente; pero, sin embargo, alcancé á ver todo el Piamonte, todos los Alpes y mucha parte de las llanuras lombardas.

La Iglesia de la *Superga* tiene muy noble aspecto. Precédela un peristilo corintio, al que se sube por una escalinata. El edificio principal es redondo y termina en una elegante cúpula. A los lados, y armonizando con él, hay unas casitas cuadradas, coronadas por altas torres.

Los franceses, que no cuentan nunca sino sus victorias, se han cuidado muy bien de omitir en sus libros de viajes el origen del panteon de la *Superga*.—Es el siguiente.

Al amanecer el día 7 de setiembre de 1706, hallábanse en el mismo sitio que hoy ocupa la Iglesia, el famoso Príncipe Eugenio (generalísimo del emperador de Austria) y el duque de Saboya (Víctor Amadeo I), observando los movimientos de un ejército francés que se acercaba á *Turin*, á cuyas puertas estaban acampados los soldados imperiales.—Mandaban las tropas francesas el duque de Orleans y el mariscal Marchin, batidos ya muchas veces por el Príncipe, y como notara éste cierta vacilación en la marcha y maniobras del enemigo, cuando aun no habia principiado la batalla, exclamó, dirigiéndose á Víctor Amadeo:

—Señor, se me antoja que aquella gente está ya medio vencida.

El duque de Saboya creyó en el presagio, é hizo en seguida voto de dedicar una Iglesia á María Santísima en el mismo lugar que entonces pisaba, si el Príncipe Eugenio derrotaba aquel día á los franceses.

Así sucedió, en efecto, pocas horas despues; y fue tan decisiva y brillante aquella victoria, que terminó la campaña y le valió al duque de Saboya el recuperar todos sus Estados y cambiar su título de *duque* por el de *rey*.

Dicho se está que la Iglesia fue edificada; y, para colmo de piedad, se dispuso hacer un gran Panteon debajo del templo, donde serian sepultados todos los Reyes de Cerdeña...

Yace allí, pues, Víctor Amadeo I, tal vez en el mismo lugar en que hizo la promesa, y en pos del suyo, siguen los sarcófagos de la regia dinastía que principió en su persona.

El Panteon tiene la forma de una cruz, y en su centro se alza un magnífico sepulcro, donde es costumbre depositar el cadáver del *último rey muerto*, hasta que viene su sucesor á relevarlo.

Por consiguiente, aquel sepulcro, siempre provisional, contiene hoy los restos mortales de Carlos Alberto.

Su ataúd está completamente cubierto de coronas de siemprevivas,

ó de plata y oro; de guirnaldas de flores; de ramas de laurel, y de otras ofrendas que renueva sin cesar el amor de los agradecidos piamonteses...

En una de las torres de los edificios contiguos á la Iglesia hay un salon, cuyas cuatro paredes están cubiertas con los retratos de todos los Papas.

¡Y qué singulares ideas despertó en mi ánimo ver á los Pontífices Romanos encerrados en la torre más alta de Turin!...

—Mire usted, me dijo el conserje. Este Papa era español.

Y me señalaba á Calisto III.

—Eso quiere decir que usted sabe que yo tambien lo soy, le respondí afablemente.

—He visto á tantos extranjeros, que adivino por la voz la patria de cada uno.

—Es natural. Pero dígame usted. ¿Por qué está más estropeado que los demás el retrato de Pio IX, siendo asi que debe de haber sido pintado de los últimos?

—¡Ah!... Señor... Los liberales... los ingleses... los impíos...

—Basta.—¿Y aquel? ¿Por qué está colgado del revés?

—Porque es Alejandro VI.

—¿Pero quién lo ha colocado así?

—Los estudiantes, señor... los estudiantes...

—¿Y aquel otro? ¿Por qué tiene la cabeza para abajo?

—¿Pues no la conoce usted? ¡Es la papisa Juana!...

—Y usted, ¿qué dice á eso?

—¡Yo digo, señor... que cada uno cree sus cosas! Los tiempos andan de este modo, y yo estoy esperando que el mejor dia me echen á mí y á los Sumos Pontífices por ese balcon.

—¿Luego usted ha conocido otros tiempos en este mismo oficio?

—Ya lo creo... ¡Hace cuarenta años que vivo aquí!

—¡Oh!... ¡hace cuarenta años!...

—Hace cuarenta años todo el mundo entraba rezando por esa puerta. Ahora entran los muchachos diciendo de corrido la historia de los Papas. ¡Y qué historias! ¡Peores que las comedias!

—Pero ¿qué es eso? ¿No hay católicos en Turin?

—Los hay; sí, señor. Pero la han tomado con el clero... ya me entiendo usted... con el clero alto...—¡Con Roma!—añadió, bajando la voz.

—¿Y á eso? ¿Qué dice usted?

—Señor, yo no digo nada.

—Pues ni yo tampoco.

Y el hombre se quedaria diciendo:—«Todos estos españoles son absolutistas...»

Y yo me fuí diciendo... lo que os podeis figurar.

Cuando bajé á *Turin* serian las tres de la tarde. El tiempo estaba hermoso; mi espíritu se encontraba templado algo filosóficamente, y el coche me pertenecía hasta el oscurecer.

—¿A dónde vamos? me preguntó el cochero.

—Al Cementerio, le contesté sin vacilar.

El *Campo-Santo* de *Turin*, ó sea el *Cementerio Nuevo*, abierto al público (¡qué frase!) en 1829, se halla situado á una media legua de la capital, á orillas del tortuoso *Dora*.

Cuatro galerías de arcos, revestidas de nichos, habitados en su mayor parte, encierran un vastísimo cuadrilongo, sembrado de lápidas y cruces, y dividido por una quinta galería.

Allí moran los cuerpos de cuatro hombres, cuyas almas conocí yo y traté en mis pasados tiempos de estudiante, por haber ido á buscarme á Guadix, adheridas á las hojas de algunos libros.

Estos libros se llamaban *Las veladas de San Petersburgo*, *Le mie Prigioni*, *Francesca de Rimini*, *Eufemio di Messina*, *Ensayo sobre lo bello*, *El jesuita moderno*, *Mérove*, *Agamenon* y *Mirra*.

Dicho se está pues, que los hombres de que hablo, y cuyas tumbas visité ayer tarde, son el conde José le Maistre, Silvio Pellico, el abate Gioberti, y Víctor Alfieri.

En punto á Monumentos artísticos, el único digno de mencion que encierra aquel *Campo-Santo* es el de Pier Dionigi Pinelli, dos veces ministro y otras dos presidente de la cámara popular de *Turin*.—Este sepulcro es obra de G. Albertoni.

Finalmente, el conserje del *establecimiento* me dijo que se trataba de ensanchar aquella vasta necrópole, añadiéndole nuevas galerías de nichos; y esto me hizo volver á reprobar el sistema de inhumacion que se emplea generalmente en nuestra época.

—¡Ilusos mortales! murmuré en mis adentros... ¿A dónde ireis á parar por este camino? ¿Tratais de construir *una casa* para albergar á cada difunto? ¿Creeis posible retener sobre la tierra á todas las generaciones? ¿No se os ocurre que si ensanchais los cementerios á medida que se vayan poblando, llegará un dia en que las ciudades de los muertos serán más grandes que las de los vivos? Y despues... ¿qué sucederá? Que los cadáveres ocuparán todos los campos; que llegarán á las puertas de nuestras capitales; que nos echarán de nuestras casas; que cubrirán toda la superficie del globo...

¡Oh, cese ya tanta locura! ¡Dejad comer á la hambrienta tierra! ¡No quebranteis las leyes naturales!—¿Quién puede asegurar que el oidium, el cólera, el trastorno que se nota en las estaciones, las nuevas ideas que tanto os intimidan, los fenómenos morales que os asustan, la decadencia de las bellas letras, la escasez de algunos metales preciosos, y hasta la carestía de los inquilinatos, no consisten en que la madre tierra echa de menos su racion de carne humana?

¡Quién lo sabe, señores, quién lo sabe!...



VICTOR MANUEL, REY DE ITALIA.

